

XXV  
CONCURSO  
LITERARIO

# LETRAS

## JÓVENES

40 AÑOS  
DE DEMOCRACIA



GODOY  
CRUZ

XXV CONCURSO  
LITERARIO

**«LETRAS JÓVENES»**

40 AÑOS  
DE DEMOCRACIA

GODOY CRUZ 2023

Convocatoria provincial

Estimados lectores,

Es un honor para mí dirigirme a todos ustedes para celebrar la edición número XXV del Concurso Literario «Letras Jóvenes - Godoy Cruz». En esta ocasión, hemos tenido el privilegio de conocer y reconocer el talento literario de niños, niñas y adolescentes que participaron con relatos que, de manera excepcional, han capturado la esencia de los cuarenta años de democracia en la Argentina.

Los cuentos que hoy nos reúnen se han destacado por su originalidad, su estilo literario, su contenido profundo y su coherencia temática, lo que demuestra la calidad y el potencial de nuestros jóvenes escritores. Cada palabra escrita es un testimonio de su creatividad y un reflejo de sus perspectivas únicas sobre nuestro país y su historia.

«Letras Jóvenes» es un espacio fundamental para aquellos que están dando sus primeros pasos en el mundo de la literatura. A través de este concurso, no

solo tienen la oportunidad de ver sus obras publicadas, sino que también se les brinda un espacio de participación ciudadana que enriquece su desarrollo como ciudadanos y como artistas.

Uno de los pilares culturales y de inclusión que impulsamos desde la municipalidad de Godoy Cruz es precisamente este: estimular y acompañar a los jóvenes en sus procesos creativos y artísticos. Queremos fomentar el crecimiento de las habilidades literarias y al mismo tiempo, empoderar a nuestros jóvenes para que sean voces activas.

En esta edición especial nos encontramos celebrando tres aspectos fundamentales. En primer lugar, conmemoramos los 40 años de democracia en Argentina, un hito que ha marcado nuestro país y que ha sido tema de reflexión y exploración en los cuentos presentados.

En segundo lugar, es un orgullo destacar que las producciones literarias de nuestros concursantes están disponibles en la «Plataforma Leer», una herramienta virtual que busca ser un puente entre autores y lectores mendocinos. Esto amplía el alcance de sus voces y

permite que sus palabras lleguen a un público más amplio.

Por último, pero no menos importante, celebramos el 30 aniversario de la existencia del concurso «Letra Joven». A lo largo de estas tres décadas, hemos visto florecer el talento literario de generación en generación, y esto es un testimonio de la continuidad y el impacto duradero de esta iniciativa.

Esta edición de «Letras Jóvenes» es un hito en nuestra historia cultural y literaria. Nos enorgullece profundamente ser parte de este viaje junto a nuestros jóvenes escritores y esperamos que continúen inspirándonos con sus palabras y perspectivas únicas. ¡Felicidades a todos los participantes y gracias por ser parte de esta maravillosa celebración!

Atentamente,

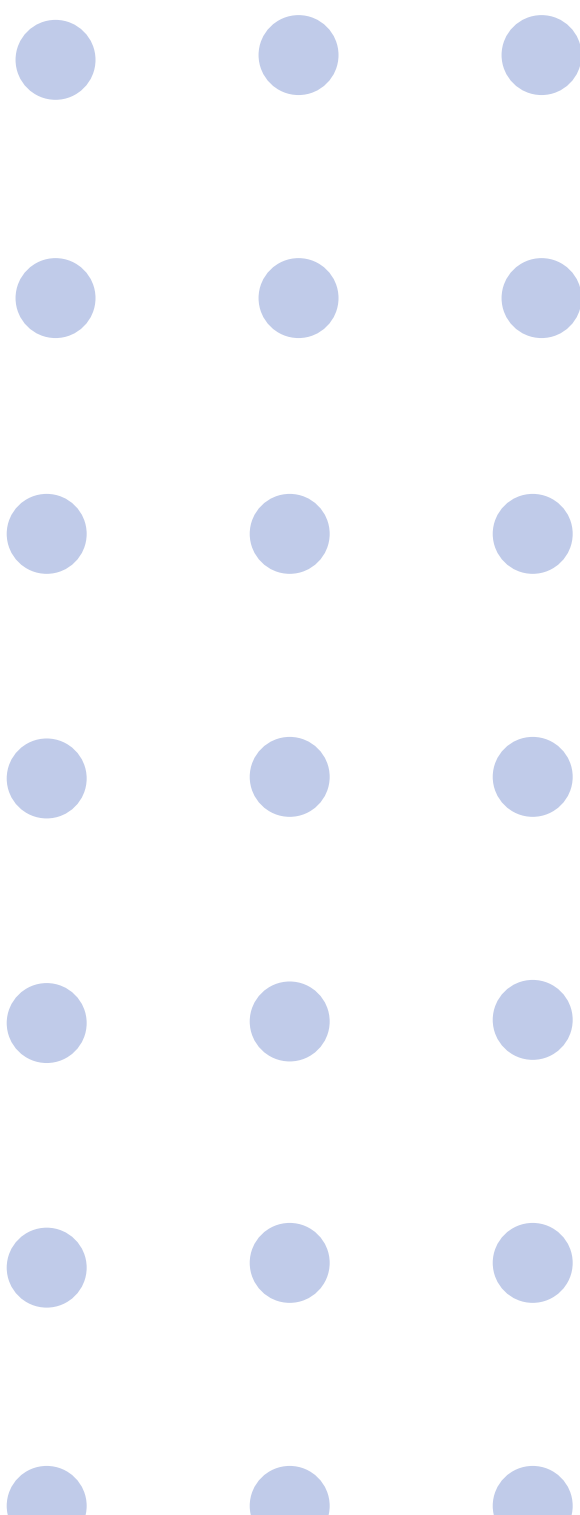
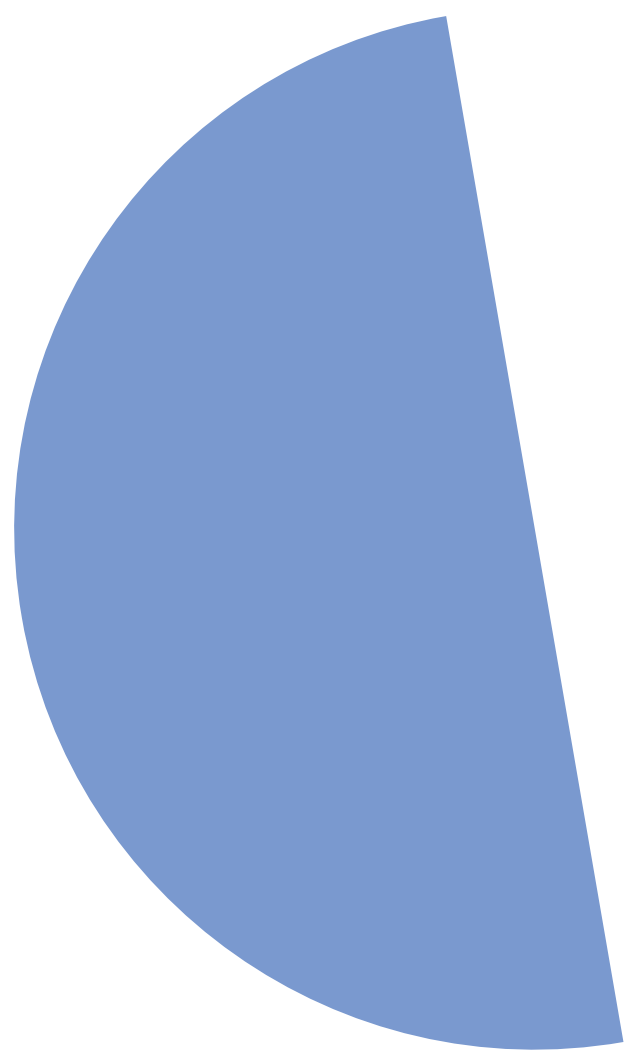
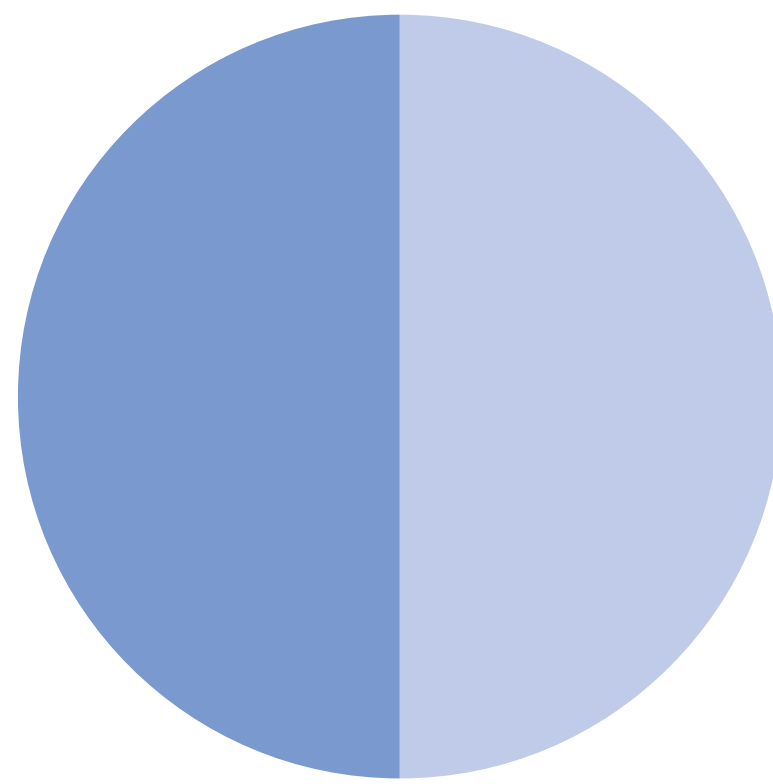
**Tadeo García Zalazar**

Intendente Municipal de Godoy Cruz



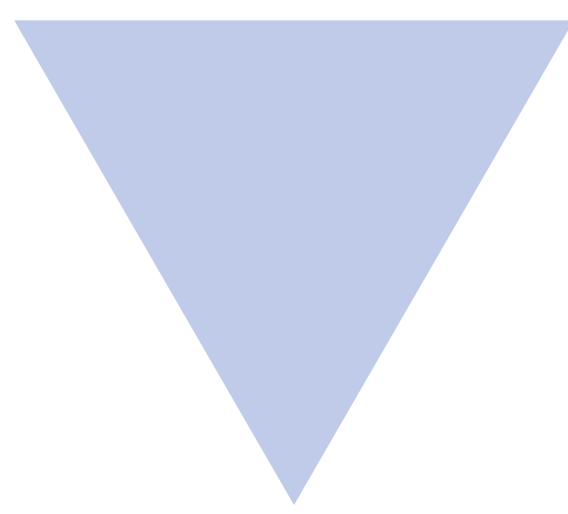
# CATEGORÍA A

de 21 a 24 años



**1° PREMIO**

Julieta Micaela  
Ríos Maccari



# Pendejos

Los domingos mendocinos son días de siesta y misa. Este, en especial, es uno de esos fríos y nublados, de los que matan las ganas de hacer cosas. ¿Qué cosas? Me pregunto mientras ustedes se esconden en sus jaulas de cemento, que durante los días de solcito se convierten en hornos. No muy distintas son a las casas de los horneros, únicas almas despiertas en esta tarde de fresca siesta. En otro tiempo sus cantos se zambullían en el sonido del agua que corría por mis acequias, un sonido que, con la reciente falta de lluvias, aprendí a extrañar. Hoy por hoy, esos canales parecen juntar poco más que hojas muertas, que antes supieron ser pasajeras de algún viento seco. Cientas de pequeñas colillas incendiarias se sueltan cada día en mis esquinas, cerca de las paradas de los



micros. De caer sobre alguna hoja, amenazan con crear un pequeño infierno.

Vivo atenta a esa posibilidad, como también a los pequeños cuadros que me muestran las ventanas abiertas. En ellos se cocina, se come, se canta, se grita, se ama, se asoma el gato para encararme con una curiosidad que desafía a la mía. Tengo grabados a todos y cada uno de ellos, su pelaje y su pisada. Mi memoria es larga como la Avenida San Martín, quizás no tanto, pero alcanza de sobra para recordar. Me acuerdo de la yo en ruinas, y del sismo que me hizo bailar hasta morir. Recuerdo, también, una época extraña en la que todos los días parecían domingo. Estaba prohibido pasear. La gente caminaba siempre con un peso invisible encima. En las noches circulaban cantantes patrullas, botas rompían puertas y entraban a las casas sin invitación. A muchas voces, que sacaban de ellas a rastras, les per-

dí el rastro para siempre. Los recitales se extinguieron, los libros solo se leían en secreto y por los parques solo pasaba el fútbol. Eso sí, a esta Mendoza nunca le faltaron ni la siesta ni la misa.

De nuevo llega el final de la siesta, me regresa de mi memoria a la ciudad que soy ahora. Algunos jóvenes, y otros no tanto, salen de sus casas cargando una multitud de papelitos y papelotes, incrustados en ellos hay caras de todos los tamaños. Los pegan por doquier, hasta en mis partes más recónditas, sin siquiera pedirme permiso. Ya estoy acostumbrada y no se los impediría aunque pudiera, pero los modales nunca sobran.

Los muchachos han sido así desde siempre, por tiempos paran, pero siempre vuelven a salir. Para ellos todos los días son de hacer algo, incluso el domingo más nefasto y siestero. Ahora se van y quedamos el crepúsculo y yo solos. Las caras arrugadas que

pusieron en mis paredes me observan desde todas direcciones, se miran entre sí, espían a los que pasan, sonrientes y enervantes, como intentando hacerse amigos de alguien que no conocen, ni piensan conocer.

Cuando cae la noche ya me he acostumbrado a ellas. En el desierto de asfalto me acompañan mis amigos de dos y cuatro patas, así les digo pues son los únicos que se quedan conmigo durante todo el día. Nos alumbraba la luna, que ya daba su luz mucho antes de que la montaña diera su sombra. Luna y montaña pueden cambiar por sí mismas, yo dependo de todos estos... mendocinos, que solo se interesan en mantenerme bonita, algo limpia y aburrida. Al llegar la noche del domingo, en ocasiones, esta impotencia me sacude por dentro. Ustedes me ignoran, ocupados, o mejor dicho, sumergidos en el apuro de la semana que se viene. Acosados por las caras en los papeles, los que salen a la calle lo ha-

cen con cierta angustia a flor de piel. Una angustia que no les es nueva, porque estas caras de las paredes hace ya años que llegan para, al cabo de un rato, caerse a pedazos. También son cubiertas por nuevos carteles, pero siempre, como los yuyos, las caras vuelven y vuelven y vuelven y vuelven. Siempre son distintas, aunque, de alguna manera, siempre se sienten iguales.

Como dije, memoria me sobra, y a todos los que me caminan los conozco bien. Los comparo, antes y después de esta invasión. Con cada una que pasa los veo un poquitito más cansados, cada vez se van perdiendo más, entre apuros, pantallas y música al palo. Apenas siguen yendo a ver pelis, y ya ni siquiera puedo acompañarlos desde que dejaron de ir en sus autos. Por esto me perdí la sexta de El Exterminador, aunque escuché por ahí que estuvo pésima. Con razón ya ni el cine los distrae. Prefieren ver las pelícu-

las en casa, juntarse en casa, salir con amigos en casa, o con la novia, novio, compañere, coso, no sé cómo le dicen ahora. ¿Sabén qué? Están cada vez más distintos a los horneros, porque transformaron sus casas de hornos en cárceles. Con suerte cuando se mueren consiguen sacarlos de ahí.

Eso sí, el lunes siempre los pone en movimiento, y con ustedes a mí. Las calles se atascan de vehículos aun cuando ni se ha asomado el sol. Los relojes les marcan el ritmo. Se arreglan las mechas mañaneras usando el espejo negro de sus celulares. Esos lunes de apuro y madrugar son mis días favoritos, porque las cosas parecen cambiar un poquito.

Pero este lunes es distinto, no porque no haya apuro ni madrugo, sino porque algo más anda pasando. Un no sé qué dirige miles de pasos hacia un punto concentrado de mi totalidad. Llegan en auto, sin auto, en bici, a pie, en micro, hasta parecen llegar volan-

do, más horneros que nunca. Caras que opacan las caretas arrugadas de los carteles, caras que sí sonríen, comparten mates, puchos y galletas. Estas caras no son iguales a ninguna otra, y aunque no las reconozco tanto puedo saber que hace muy poco las vi nacer. Jóvenes, han estado en todo lo que he contado, siempre de fondo y muchas veces silenciados.

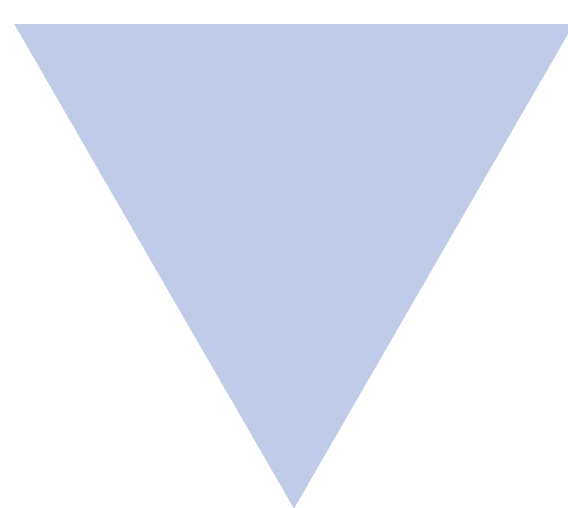
Aparecen a primera hora del lunes para recordarme a mí y a todas las otras ciudades del mundo que ellos existen y que sus caras importan. Hacen más ruido que cualquier audífono, sacan a otros de sus casas. Son los primeros en llegar y los últimos en irse.

¿Por qué gritan ahora? Los he oído gritar por el agua que no me llega, por la mugre en mis acequias, por las voces que se llevaron las sirenas. Ahora que lo pienso, difícil es encontrar algo por lo que no hayan reclamado. Algunos me rompen demasiado, o quizás estoy hablando con miedo al cambio

que tanto esperé. Sin embargo, entre los grafitis con los nombres de pibas que ya no están, me siento más viva que en mil domingos de siesta y misa. Quién diría que a esta ciudad tan vieja, forrada de caras viejas y miedos viejos, le vendría tan bien estos pen-dejos.

**2° PREMIO**

Ludmila Ramos





# El amor de la memoria

*Cuando mis manos tocaron  
su pecho  
sentí una vibración recorrerme  
los dedos.*

*Como si nuestra piel hubiese  
estado hecha  
para ese instante.*

Estábamos en el barcito Cachivachi, el de Walter, uno de los pocos lugares en donde querernos no era motivo de una paliza, o peor aún, de no existir más.

El Cachivachi no era solo un lugar en donde podíamos besarnos libremente. También era un refugio, un refugio de resistencia. Llegar allí no era fácil. Quedaba en Tigre y el arribo implicaba tomar un bote con motorcito, cubiertos con una lona y sin más armas

que el corazón en la mano y la verdad en los dientes.

Todos sabíamos que estar ahí era el mayor riesgo que podíamos tomar. Por eso cada uno de los que decidía ir, era consciente de correr hacia el muelle si algo salía mal. Ese lugar era el punto de encuentro, donde siempre nos esperaba algún compañero para sacarnos rápidamente en otro bote.

Generalmente había ratas en los territorios que frecuentábamos. Yo pensaba que no éramos tan diferentes. Al fin y al cabo, ellas también son excluidas de los demás animales. Se esconden y viven en la oscuridad como lo hacíamos nosotros.

La realidad es que no podíamos darnos el lujo de frecuentar muchos lugares, por lo que acabábamos bailando sobre una pileta tapada con madera o nos besábamos en un sótano que apenas podía levantarse.

Los encuentros rotaban, había otros,

aunque pocos sitios como el Cachi-  
vachi. De alguna forma, movernos  
nos hacía sentir un poco más a salvo.  
Como si los militares no fuesen capa-  
ces de infiltrarse entre las ratas.

Antonio sintió temblar sus hombros.  
Las manos lo tomaban fuertes, como  
si su cuerpo fuese la bandera enemiga  
y ellos tuvieran que obtener una me-  
dalla de honor.

Lo movían de un lado a otro. No podía  
fijar su vista en el suelo porque este  
se encontraba por momentos arriba  
y en ocasiones abajo. Pestañeaba in-  
tentando enfocarse, pensar qué hacer,  
pero los vaivenes de sus extremidades  
captaban toda su atención.

¿A dónde me llevan? Es ilegal esto-  
dijo con la voz áspera y con el aire lu-  
chando por salir de sus dientes.

Callate putito y haceme caso- le dijo  
uno, a la par que su puño se encontra-  
ba con los ojos de Antonio.

Alcanzó a sentir el hueco que quedaba  
entre su cabeza y el piso, antes de que

sus ojos se cerraran y el panorama se volviera negro.

*Quando nuestros labios se tocaban  
podía ver a los niños que fuimos  
abrazados  
como si solo hiciera falta un beso  
para sanar cicatrices.*

Ese día en el Cachivachi pensé en que no quería dejar nunca a mis amigos. Veía a todos ahí, juntos, hablando de cómo la vida podía ser mejor de lo que era.

Yo sonreía mientras cruzaba los dedos. Tan solo esperaba que alguien nos escuchara y que eso se cumpliera. Hoy pienso que a veces los deseos se quedan atrapados en la piedra.

Antonio abrió los ojos y sintió el movimiento del auto en su espalda, una corriente rápida y brusca.

¿A dónde me llevan? - se preguntó a la par que intentaba mover sus pies.

Todo forcejeo era en vano porque sus

extremidades estaban atadas y el espacio escueto de ese baúl no le brindaba el suficiente lugar para poder desatarse.

Una puntada se apoderó de su pecho. El aire empezaba a faltarle. Intentaba respirar solo de a sorbos.

Pensaba en Julián, su novio y en lo que él haría si no aparecía. Habían quedado en encontrarse cuando él volviera de su entrevista de trabajo, pero ahora más que nunca comenzaba a pensar que no lo haría.

Te quiero Juli- dijo a la par que buscaba una apertura, un lugar en donde la luz del sol entrara, aunque sea tan solo para verla por última vez.

*Cada vez que te veo,  
te entrego el corazón porque no sé si  
te veré también mañana.*

-dijo Carlos a la par que se acercaba para besarme.

Las últimas semanas habían estado

tranquilas. Rotábamos los lugares de encuentro, pero por alguna razón, todo parecía de cierta forma en calma. Hoy me hubiese gustado que alguien nos recuerde que la calma también aparece antes de la tormenta.

Nuevos integrantes se habían unido al grupo. Conocidos de conocidos de Walter que también buscaban un hogar en medio de tanta bala.

Siempre que alguien se unía, éramos sumamente sinceros en cuanto a qué implicaban estas reuniones. Queríamos asegurarnos de que nadie se vea cegado por la posibilidad de libertad sin ser consciente del peso de la jaula. Había uno de los nuevos, que me daba pena. Mario era su nombre. Nos había contado cómo los padres lo echaron de su casa, cómo sus amigos le dieron la espalda y lo difícil que le fue reconocerse. Lo abrazamos. Todos habíamos pasado por lo mismo.

Antonio sintió el freno del auto estallarle el tímpano.

Se imaginó cómo habría quedado el asfalto. Sintió los graves pasos de los uniformados rodeando el vehículo. Percibió el tacto de sus manos tocando el baúl.

Los vio. Uno de ellos, el más alto y grandote lo levantó como quien levanta una bolsa de papas.

Tenía miedo. O al menos eso es lo que decían las cartas que leí cuando lo conocí. Tenía un miedo tan grande que las vísceras luchaban por salir de su piel. El tipo lo tiró al suelo.

-Vas a parar de investigar pibe- le dijo el hombre con la voz ronca y un aliento a cigarrillo que podía olerse a la distancia.

-No- dijo él, que siempre había sabido luchar por sus convicciones.

¿Cómo qué no? - dijo el otro hombre, alto y flaco, que apareció por un costado y le pegó en el estómago.

La falta de aire hizo que toda su visión se tornara borrosa.

-Si pibe, sabes lo que te va a pasar

sino- dijo el hombre grandote al mismo tiempo que hacía el gesto de un arma con sus manos.

El otro tipo le pegó una última vez y se fueron. Dejándolo solo en el medio del campo, con la sangre cayendo por su piel, los moretones friccionando su espalda y la bronca quemándole el pecho, lenta pero fuerte, como si esperara una chispa para detonar la combustión.

*Cuando me tomaron por el brazo me di cuenta de lo pequeño que soy.*

Tenía las manos grandes y fuertes, como si hubieran sido creadas para aplastar a otros.

Habían llegado de improviso y nos habían encontrado a todos, como quien llega a un cumpleaños de sorpresa. Solo que en esa ocasión no había nada que festejar.

Nos amarraron, nos pegaron y a las trompadas nos metieron en un ca-



mión. No sé qué pasó en el trayecto porque mis ojos se cerraron tan rápido que no tuve tiempo de intentar enderezarme.

Me dolían los párpados, las piernas, el pecho. Pero a pesar de los malestares físicos, más me dolía el mundo. Ese mundo que pasaría de largo.

Mientras nos subían al vehículo, podía sentir como se despedía de mí. Los árboles ya no serían árboles. Ya no sabría distinguir el canto de los pájaros del trinar de los grillos. Ya no diferenciaría la sensación del pasto en mis pies o el sonido del mar. Olvidaría la risa de mamá y la mirada de mi padre. El mundo ya no conocería nuestros gustos ni se encandilaría ante nuestras ideas. Ya no podríamos pelear por salvar a otros porque éramos nosotros quienes necesitábamos ayuda.

Recién estábamos empezando a encontrarnos y ya nos habían cortado las alas. Antonio siguió escribiendo junto a Susana, su hermana y Julián, su gran

amor. No se rindió pues temía más ser cómplice que morir.

Al menos eso siempre dejó en claro en sus anotaciones. Así que continuó su ensayo sobre los crímenes de lesa humanidad. Había encontrado documentos que probaban que funcionarios del gobierno estaban implicados como partícipes de la última dictadura cívico-militar.

Funcionarios que actualmente se jactaban de ser sostenedores de un proyecto libre y democrático, respetuoso de los derechos de todos.

-Tengo miedo- le dijo Susana, al mismo tiempo que lo ayudaba a revisar archivos.

- ¿De qué? - pregunto el mientras revisaba papeles y fingía no entender a qué se refería ella

-Tengo miedo de lo que pueda pasar. Yo sé que es noble y justo lo que estás haciendo. Y también sé que, a esta altura, esto ya no debería suceder más. Pero me da miedo- respondió a la par que se

acercaba para tocarle las manos.

- Ya sé. Aunque no lo creas, yo también tengo miedo. Pero le debo esto a quienes lucharon y con lo que costó llegar a donde estamos, no puedo quedarme quieto mientras veo cómo todo se desmorona.

Necesito ser memoria, aunque solo esperen de mí que me vuelva olvido-  
contestó mientras recibía sus manos y la abrazaba.

*Cuando conocí su historia no pude  
evitar sentir  
que era espejo de la mía.*

Leí sus epístolas, gracias a Julián y Susana, quienes me hicieron parte del proceso de publicación del libro y además del informe.

En las epístolas, él narraba lo difícil que era amar a otro hombre siendo hombre, aún en el siglo XXI. Contaba los chistes, la desidia y la presión que tenía que soportar.

Mi primera reacción fue no poder creer que después de años, eso siguiera ocurriendo luego de haber pasado por diversos movimientos sociales. Incluso, después de haber sido afectados por la sanción de diferentes leyes de vanguardia. Sin embargo, continuó y continúa pasando. Somos juzgados por quiénes elegimos ser y a quiénes decidimos amar. Como si el amor no fuese la luz que te cambia el día sin buscarla y, sobre todo, sin importar de donde provenga.

A su vez, en el informe, Antonio hacía un relato sumamente veraz y crudo sobre la última dictadura cívico-militar. Llore desde las entrañas al leer esas páginas. Porque no se puede llorar desde otro lugar cuando dos personas son atravesadas por el mismo puñal.

Todos sufrimos esa época, pero hablando desde mi lugar, ser homosexual en la dictadura fue un calvario. No por nada hoy luchamos por el re-

conocimiento de los 400 compañeros porque en ese entonces ser gay implicaba una doble e incluso triple opresión sumada a todas las que los militares ya ejercían sobre nosotros.

A pesar de todo, lo que más me sorprendió apenas conocí su historia, fue la forma en la que él transitó su miedo, como si este no fuera una piedra que se atora en la garganta y nos impide hablar.

Al contrario, contra todos los pronósticos, él habló.

Pero fue recién al leer detenidamente sus cartas cuando comprendí que sus temores también le carcomían la piel. Fue solo allí cuando entendí, que para quienes hemos sido privados de la libertad, el miedo acaba siendo un lugar seguro.

Se instala en nuestros pies y ya nunca volvemos a habitar la tierra de la misma forma. Se apodera de nuestras rodillas, para recordarnos que hemos sido doblegados. Se escapa por nues-

tra cadera y llega a nuestro pecho, para que nunca olvidemos que somos capaces de morir. Sube hasta nuestros hombros y se acurruca en nuestras manos, forzándolas a temblar cada vez que un ruido se asoma por la puerta.

¿Cómo resignificar el temor, si es capaz de volver herida cada uno de nuestros recuerdos?

*Quando  
salí  
de ese lugar  
creí que el sol  
me estaba abrasando.*

Hacía meses que no sentía tanta calidez. Tampoco recordaba la frialdad de mis mejillas al ser golpeadas por el viento ni la arruga que se dibujaba en mí frente al encandilarse por los rayos.

Pasé días tocando cada objeto que veía por la calle. No era consciente de

la percepción de mis manos, porque habrían querido borrar todo rastro sensorial de la realidad, intentando que esta solo se limite al ruido de una gota al caer contra el suelo.

Una y otra vez.

Lo primero que hice al salir, fue buscar a Carlos y a los demás. Nunca los encontré. Ni a él, ni a ellos. Una parte de mi sigue creyendo que siguen vivos, que están ocultos en algún lugar del mundo esperando que este se disponga a recibirlos.

Continúo pensando que, donde quiera que esté, Carlos me sigue entregando su corazón, no por temor a no verme, sino por la necesidad de que sus latidos también sean escuchados.

Antonio fue encontrado en un descampado, tal vez el mismo al que lo llevaron la primera vez. Su cuerpo fue hallado el 15 de septiembre de 2023. Tres meses después de su desaparición. Para ese entonces, yo ya tenía lazos con su familia y era parte

de quienes marchamos exigiendo su aparición con vida.

Se lo llevaron a los 5 días de haber terminado su informe. Rompieron la casa, destrozaron todos los lugares en los que alguna vez habitó su ser.

-Llamé inmediatamente a la policía, pero llegaron tres horas tarde- dijo Lucía, una vecina que se encontraba en su casa al momento de la desaparición.

Archivaron la causa por supuesta falta de pruebas. Susana y Julián lloraron como nunca antes lo habían hecho. Pero no se detuvieron.

-Gracias por ser parte de esto. Antonio estaría muy feliz al saber que sus letras se encontraron con un eco- me dijo Julián luego de contarle mi historia.

-Yo agradezco que él haya dado gritos- le dije mientras el agua me recorría los ojos.

*Apenas subí al vehículo supe de la traición.*



Que Mario nos había delatado. Tal vez incluso nunca fue real su historia, quizá su único propósito siempre fue infiltrarse. Nunca lo sabré con certeza. Solo puedo recordar su mirada brillante y la sonrisa que la acompañaba mientras todos éramos subidos al camión.

Esa fue la última vez que vi a la banda. Después nos tiraron en el piso con los ojos vendados, divididos por paredes. Y así pasaron los días, hasta que nos fueron separando, uno por uno.

Tal vez habrá sido suerte, destino o azar, pero terminé siendo preso político del Poder Ejecutivo Nacional. Un gran título para intentar darle algo de «legalidad» a una situación que cada día llegaba a un nivel más alto de brutalidad. Me soltaron a los seis meses.

Hoy escribo esto con la mano temblando y con el aire escapando, como se escapan los sueños que no se viven. No obstante, lo hago con la convicción de contar su historia, la mía y su cruce

porque, así como ellas, hay otras que también se amalgaman.

Porque la dictadura hizo uso de una gran maquinaria represiva para matarnos poco a poco la conciencia, la cultura y la educación, pero olvidaron que incluso encerrados hubo quienes encontramos la forma de comunicarnos ya que las palabras siguen siendo palabras, aunque viajen a través de otros sonidos.

Porque mi amor por Carlos es espejo de su amor por Julián. Y ambos son refugio de todos esos amores que han sido prohibidos por no encontrar asilo en las rejas de la sociedad.

Estoy convencido de que las injusticias traspasan cualquier tiempo y creo que Antonio y yo compartimos la misma herida. Junto a la lucha social avanzamos, pero no hemos llegado a la meta. La democracia todavía no salda su deuda.

Aún hay nietos que no aparecen. Aún hay madres que lloran. Necesitamos

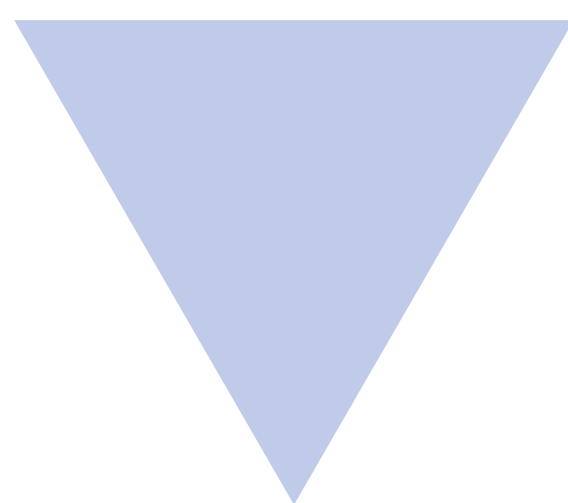
que la memoria sea el arma de toda  
época.

No queremos más rostros decorando  
paredes ni más pibes presos por amar  
o por luchar.

Hoy y siempre **NUNCA MÁS.**

**3° PREMIO**

Constanza Chicón



# Mi verdad

Durante gran parte de mi vida mi madre siempre me regañó por tener la cabeza sobre las nubes, con ideas que consideraba demasiado disparatadas como para tomarlas en cuenta. No me importaba lo que ella dijera, estaba convencida de que los verdaderos cambios que transforman el mundo venían de gente que alguna vez tuvo, en efecto, la cabeza en las nubes.

La idea más disparatada, con suficiente trabajo, puede convertirse en una innovación capaz de cambiar la vida tal y como la conocemos. Quiero creer que soy esa clase de persona, alguien que no solo puede innovar, sino también inspirar, a que otros se animen a ir por su cuenta, detrás de no solo la idea de hacer algo nuevo, sino también detrás del sueño con una meta a trazar.

Hay ideas que pueden beneficiar a muchos e incluso salvar vidas, como la de Favalaro y el invento que transformó la medicina con el famoso bypass. Sin embargo, lamentablemente, hay otras ideas que fueron concebidas para el beneficio de unos pocos y eso, desgraciadamente en muchos casos, se lleva la vida de más de una persona. Un ejemplo claramente extremista fue la invención de la bomba atómica, un arma capaz de reducir seres humanos a polvo y de plantar en la mente de la gente el miedo tangente a una muerte inminente a raíz de la siguiente gran guerra.

Mi padre por otro lado, concluyó mi debate en que las ideas por si solas no son malas, puedes tener buenas intenciones, querer marcar en la vida de todo un precedente, querer proteger a los demás, pero muchas veces el camino hacia el mal y el sufrimiento de otros, está marcado por buenas intenciones.

He ahí la importancia de saber cuál es la diferencia entre el bien y el mal, es muy fácil trastabillar y caer en el abismo, porque la línea que te separa de caer a veces te hace tropezar y, dependiendo de a donde estés parado, a veces serás el bueno o el malo, el justo o el cruel. Por esto y por muchas razones, cuando mucha gente depende de tus elecciones, es fácil equivocarse si no estás atento con cada paso que das; he ahí también el dicho de que mientras más alto subes, más fácil puedes caer.

Por eso, cuando en mil novecientos setenta y seis hubo empezado la dictadura de Videla, me di cuenta a la edad de catorce años, de que esto más que intentar buscar lo mejor para el pueblo era una lucha perpetua de poder, no les interesaba el dinero, las riquezas o a quienes apoyar, sino tener el poder para borrar a alguien para siempre si se oponía a lo que creían. Cualquier idea que saliera de Videla y de

esos mediocres militares con aires de grandeza era para beneficio de muy pocos y el sufrimiento de miles. El miedo comenzó a apoderarse de mí, salía a la calle con el miedo tangible de no poder regresar, temía por que mi boca desbocada dijera algo que me expusiera a ser perseguida, estaba harta de tener que ser llamada al silencio cada vez que quería decir lo que pensaba. Mis opiniones no eran sacadas de la nada, podía haber estado en secundaria en aquel entonces, pero fuera de la escuela, mi padre me inculcó desde muy pequeña el pensamiento crítico y la curiosidad por saber qué más hay allá de lo que los medios u otros pudieran intentar decirme en que creer, con esa base de pensamiento, sabía que no había que confiar en nada que no sea uno mismo y estaba decidida a vivir acorde a mis reglas. Pero eso me pasaba factura más seguido de lo que estoy dispuesta a admitir, las peleas y reclamos con



mi madre eran eternos y aunque intentaba convencerla de que no hacía nada inmoral, lo que dijera no era suficiente; mi padre por otro lado, a pesar de estar de acuerdo con lo que yo pensaba temía que algo me pasara, así que en vez de instar a seguir mis ideales, me decía que no debía volar demasiado alto o el sol me iba a quemar. Reconozco ahora que por ese entonces no entendí a lo que se refería con esas palabras, pero ya sea dicho el mito de Ícaro y Dédalo o una simple advertencia, se trataba de un padre que quería que su hija estuviera a salvo.

Solo que yo no solo ya no era una niña que había crecido en medio de los toques de queda, las restricciones impuestas por el régimen militar y la constante censura. Era una mujer que había crecido en medio de todo eso y no veía cambios favorables para nadie, y me había cansado.

Estaba harta de solo mirar, de ver que nadie hacía nada, de que solo unos po-

cos se levantaran en contra de lo que nos estaban haciendo como Nación. Y de que no solo desaparecieran o exiliaron a esos pocos, sino que también se encargaran de desprestigiarlos, tachándolos de subversivos, degenerados y enfermos que solo buscaban imponerse en contra de lo moralmente y políticamente respetable.

Estaba en parte consciente que los ideales políticos habían despertado en mí la rabia y la pasión de querer morir por la gloria de formar parte de algo más grande que mi misma, pero no me importaba, yo solo quería dejar de lado el miedo y ser libre de poder salir en medio de la noche sin temer que fuera llevada por las fuerzas armadas. Empecé a participar de las reuniones clandestinas y debates políticos que se daban clandestinamente durante las noches, a veces iba como oyente y otras ayudaba a hacer propaganda, aprendí a moverse sigilosamente entre las calles de capital federal sin

ser vista, a veces incluso, lograba escabullirme durante la noche después del toque de queda, sin embargo, a veces lograban atraparme y me llevaban arrestada a alguna comisaría, lo que hacía que mi padre tuviera que ir a las cuatro de la mañana a buscarme bajo la excusa de que me había ido a ver seguramente a algún novio que tenía por ahí a escondidas.

Buscaba cualquier hueco por el cual salirme, fueron muchas las veces que me escape de la escuela para poder ir a las reuniones y más de una vez, mentí hacia dónde me dirigía; reflexionando sobre esto, me doy cuenta de todos los riesgos estúpidos que cometí, muchos de estos hicieron que mi vida corriera peligro, pero en mi obstinación y quizá orgullo, me importaba un carajo.

Una de esas noches en particular logre salirme a media noche pero debía regresar antes de las seis de la mañana, hora en la que mi padre se levantaba para ir a trabajar, si se levantaba y

yo no estaba en mi cama iba a llevarme una buena reprimenda, por no decir que me iban a dar un cachetón con el que me iba acordar toda la vida. Iban a reunirse jóvenes de diferentes localidades de Capital Federal, en un club que por los días era un resto bar y de noche actuaba como la base de operaciones de nuestro grupo. Todos los presentes estaban con aires eufóricos, muchos jóvenes de mi edad y veinteañeros estaban reunidos esa noche para dejar en claro que había llegado el momento de actuar, tenían pensado violar el toque de queda en tres días y hacer una vigilia nocturna en el obelisco, iba a ser algo pacífico pero con una fuerte connotación hacia lo que los jóvenes pensábamos con respecto a todo este régimen de mierda. Todos vitoreamos emocionados por dar el primer paso a lo que todos juntos llamábamos una revolución de la juventud argentina. Pero toda sombra de felicidad y emoción se vio so-

cavada por la llegada de las fuerzas armadas y la policía, haciendo que la mayoría saliéramos corriendo más rápido que alma que lleva el diablo, intentando huir de un grupo que nos supera en número.

En medio de toda la huida sentí una mano aferrarse a mi brazo, empecé a sacudirme para que me soltara pero la voz inconfundible de mi padre gritando mi nombre me hizo voltear, para verlo con una expresión de terror que quedó plasmada en mi memoria. Sostuve fuertemente su mano y con una fuerza que no sabía que tenía, lo jale hacia mí en toda la multitud y lo guíe hacia la salida trasera del club. Al salir no miré atrás a ver si nos seguían, ese fue mi error porque, solo dados unos pasos escuchamos que un uniformado nos detuvo en seco. Su rostro estaba cubierto por un pasamontañas y en la negrura de la noche su silueta parecía más bien una enorme sombra oculta. Levantamos las manos por

miedo a que nos disparará, pero al ver que no se trataba de ningún policía o militar convencional me di cuenta de que cabía la posibilidad de que se tratara de un arresto ilegal, fue entonces que tome una decisión muy osada o muy estúpida según quien vea. Me acerqué poniendo la cara más asustada que me salió en ese momento y al llegar hasta este hombre, tomé el arma haciendo que la bajara al suelo donde no pudiera dispararme y lo pateé en el estómago haciendo que cayera de bruces, al tener el arma en mi mano, la tiré lo más lejos que pude y grité a mi padre que corriera. Tomé su mano y juntos logramos huir del peligro, solo un par de cuadras hasta que nos ocultamos en un callejón estrecho y esperamos, mi padre estaba demasiado en shock como para poder retarme y el miedo a que nos atraparan era quizás mayor que las ganas de reprenderme. Los vimos pasar y esperamos a que sus pasos dejaran de oírse

para salir y seguir corriendo en la oscuridad hasta nuestro hogar, que quedaba a media hora caminando. La habíamos visto tan cerca que mi mente no terminaba de procesar lo que había pasado. Mirando en mi presente, esa debió ser la advertencia que necesitaba para detenerme, pero desgraciadamente no sucedió.

Pasados los tres días me hice presente en la vigilia, con una determinación infranqueable y preparada para plantar pie si era necesario. Mi padre y madre se opusieron totalmente, prohibiéndome no solo asistir, sino que incluso intentaron encerrarme en mi habitación, solo que yo tenía mis propios medios de escape. Mi ventana tiene rejas, pero estas se lograban abrir con un candado que solo tenía una copia o, eso creían ellos. Salí al jardín trasero de la casa y con la suficiente resistencia logré trepar la pared, subiéndome al techo para caer por el otro lado, saliendo al frente de mi hogar.

Me apresuré a llegar, fui una de las últimas en llegar, todos andaban por los alrededores fingiendo que estaban metidos en sus asuntos. Los negocios estaban por cerrar, la hora pico con miles de vehículos y las calles abarrotadas de gente apurada a llegar a sus hogares antes de las seis de la tarde, horario en el que se aplicaba el toque de queda, estaba por oscurecer y debido al invierno los días eran cada vez más cortos, se veía como poco a poco el sol se ocultaba y la oscuridad empezaba a llegar, lograba reconocer a algunos de mis compañeros al pasar y tan pronto se disparó la primera bengala todos corrimos a reunirnos en el Obelisco, usando nuestros pañuelos blancos para cubrir la mitad de nuestros rostros y otro para cubrir el cabello, formamos cadenas humanas una tras de otra, rodeando el monumento, yo me encontraba en la quinta fila de personas y fue entonces cuando, quien era el que dirigía la vigilia em-



pezó a recitar el discurso preparado, mientras rápidamente comenzaban a venir las autoridades.

La represión de la manifestación no tardó en darse, una fila de uniformados con escudos rodeaba la primera fila de manifestantes que se encargaba de sostener maderas que usaban como escudos para los garrotazos de los policías, intentaban resistir y atravesar las filas a empujones y golpes, mientras los demás tirábamos bengalas al cielo y sostenían carteles con los lemas de la revolución, dispuestos a quedarnos allí toda la noche, como un gesto de resistencia. La adrenalina estaba a flor de piel, muchas emociones nos sobrecogían a todos los presentes, dejábamos de ser individuos, para convertirnos en una unión que cantaba en protesta de tanto dolor, el grito de gente que había crecido en una sociedad asustada, que sufría las consecuencias de las decisiones que beneficiaban a unos pocos, a esos que bajo el

amparo del régimen y los militares podían cometer cualquier atrocidad sin consecuencias.

No había precio que pudieran pagar, que bastara para aliviar el dolor de todas las víctimas de sus estupideces. El ambiente comenzó a ponerse más tenso a medida que pasaban las horas, los de la primera fila estaban cansados de resistir y los de la segunda y tercera intentaban suplantarlos cada tanto pero cada vez aumentaban en número y la presión era cada vez mayor. Sin embargo, lograron entrar en las filas y empezaron a usar gases pimienta para aturdirnos, algunas personas se dispersaron, otras fueron esposadas y sometidas en el suelo. A lo último todo se convirtió en una batalla campal donde llevábamos desventaja, se llevaron a muchos y de apoco nos iban sofocando el espacio, intenté resistirme a ser llevada cuando me atraparon, pero claramente mi habilidad era ser escurridiza no físicamente.

te fuerte, entre medio de los tirones se me cayeron los pañuelos y mi cara estaba expuesta. La huida era mi única salvación, por lo que entre medio de tanto forcejeo logre sacar un revolver de uno de ellos y disparar al cielo, haciendo que finalmente me soltaran, lo que me permitió correr hacia un lugar donde esconderme, pero no pude correr tan lejos antes de que, lejos del alboroto uno de ellos me agarrara del pelo para detenerme, intentando quitarme el arma que me había olvidado de tirar lejos, en medio del tironeo y la lucha me pareció ver a mi padre a lo lejos, lo que me dio miedo y alivio a la vez, no quería que se viera involucrado en esto, pero ya era tarde, mis decisiones me habían orillado a que todos mis seres queridos se vieran metidos. Mi padre corrió al verme luchar con ese cabrón e intentó ayudarme al tomar el arma pero, en un mal movimiento el arma se disparó directamente a su estómago, haciendo que de pronto

me viera absorbida por el silencio y el shock. De repente, todo dejó de importar, no me importaba la manifestación a mis espaldas, ni el ruido ensordecedor de las pistolas de balines, los gritos de gloria, los insultos, ni siquiera me importaba no estar a salvo en ese momento. Todo mi interior quería gritar, pero el nudo en mi garganta no me dejaba, me faltaba el aire, mis ojos no tardaron en soltar en río de lágrimas por mis mejillas y la rabia se apoderó de mí. En décimas de segundos logré hacerme del arma por el aturdimiento del uniformado y le disparé en una pierna, no dude un segundo en disparar, pero tan pronto lo hice el shock me invadió y lo único que pude hacer fue soltar el arma y patearla lejos, escuché a mi padre gemir de dolor a mi lado y me tiré al suelo para ver su herida, había mucha sangre y no sabía qué hacer, la desesperación me invadió. Pero mi papá tomó mi mano y me detuvo, lo que hizo que solo me con-

centrara en mirarlo, su cara, ese semblante tan ameno que lo caracterizaba, esos ojos verdes que heredé de él y la resignación en su rostro fueron algo que me quedó marcado de por vida, en ese momento, él solo miraba intensamente mi cara angustiada intentando sonreír para calmarme, pero no había poder en la tierra que pudiera hacerlo, mi padre estaba muriendo en mis brazos.

—Tranquila mi niña... estaré bien — dijo apenas antes de toser.

—Por favor, no hables, intentare llevarte a donde puedan... a- a donde te puedan ayudar... ayudarte— dije intentando pensar en qué hacer. Él me tomó de la mano fuertemente mientras me decía que lo mirara y escuchara—. Por favor, no te vayas.

—Yo no me iré... Voy a estar siempre con vos y tu madre, nunca te dejaré sola... solo... vete... antes de que te vengán a buscar...— pidió como si pudiera dejarlo solo.

—No...Yo me quedo acá, no te pienso abandonar...nunca, viejo— respondí negativa a moverme.

—Tienes que irte... y desaparecer... huye, mi niña...y comienza una nueva vida en otro lado...—insistió mientras intentaba limpiar mis lágrimas.

—Lo siento tanto... Perdóname, papá. Yo no quería que esto te pasara...no entiendo por qué todo esto tiene que ser así...lo siento, lo siento mucho...— decía entre llantos desconsolados resignada a la impotencia de este momento, no podía hacer nada para ayudarlo y eso era lo único que quería en ese momento, no quería dejarlo morir en la calle.

—Tu siempre estuviste perdonada, mi cielo. Déjame aquí... y vete... ahora— decía con sus últimas fuerzas, mientras todo su cuerpo temblaba, estaba agonizando. La presión en su mano se aflojó, se estaba yendo.

—Te amo, papá...eres el mejor...— dije rápidamente, esperando que mis pa-

labras llegaran a él antes de irse. Besé su mano y la deje a un costado de su cuerpo, cerré sus ojos en silencio y me marché.

A partir de ese momento todo en mi vida cambió y me prometí a mí misma que todo lo ocurrido no volvería a pasar, no lo iba a permitir. Tenía diecisiete en ese momento y faltaban dos meses para que alcanzará la mayoría de edad, hasta entonces me refugié en casa de mis amigos y colegas, de aquellos compañeros de lucha que no dudaron en brindarme alojamiento y comida, que me ayudaron a salir del país y a crearme una nueva identidad. No faltaría a lo que mi padre había pedido, porque hacerlo era dejarlo morir en vano.

Cuando pude me despedí de mi madre con una carta, que explicaba todo y le rogaba su silencio, le dije cuánto la amaba y cuánto honor me había brindado al ser su hija, le agradecí haberme criado y le pedí perdón por todos

los dolores de cabeza que le di. Terminé la carta intentando consolarla por la muerte de mi padre y le prometí que a donde fuera, siempre la llevaría a ella y a mi padre en la mente. Me fui de mi país y no volví nunca más.

Al final de cuentas, reconozco que todas esas ideas me desviaron de lo que realmente quería hacer con mi vida, la rabia ciega me llevó a tener que esconderme, el ansia de libertad me había convertido en alguien que tenía que mantener un perfil bajo, limitada a no sobresalir. La ira y la codicia de la política me había apartado del camino, y tuvo que morir mi padre para darme cuenta finalmente que nada de lo que estaba pasando con la dictadura y la política, se trataba de mí, me afectaba como ciudadana, pero en el camino de querer hacer las cosas bien me había convertido en un monstruo, en lo que quería evitar a toda costa.

Anduve por un camino que le había ocasionado dolor y sufrimiento a



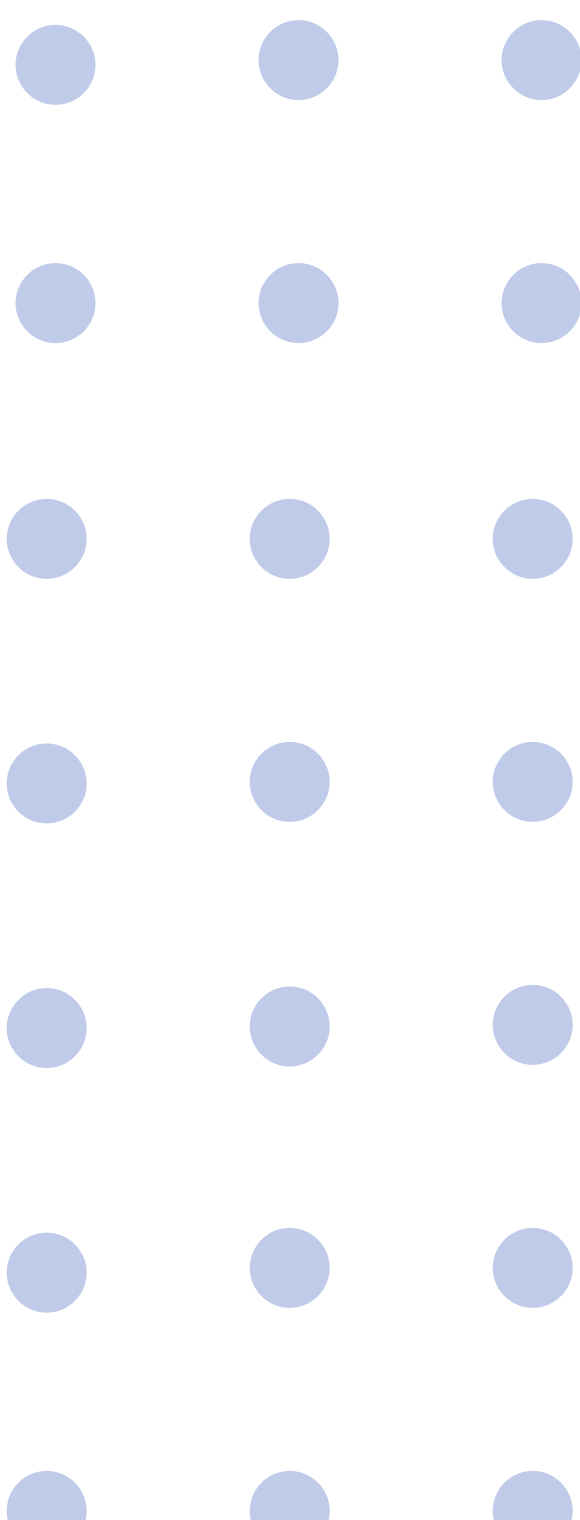
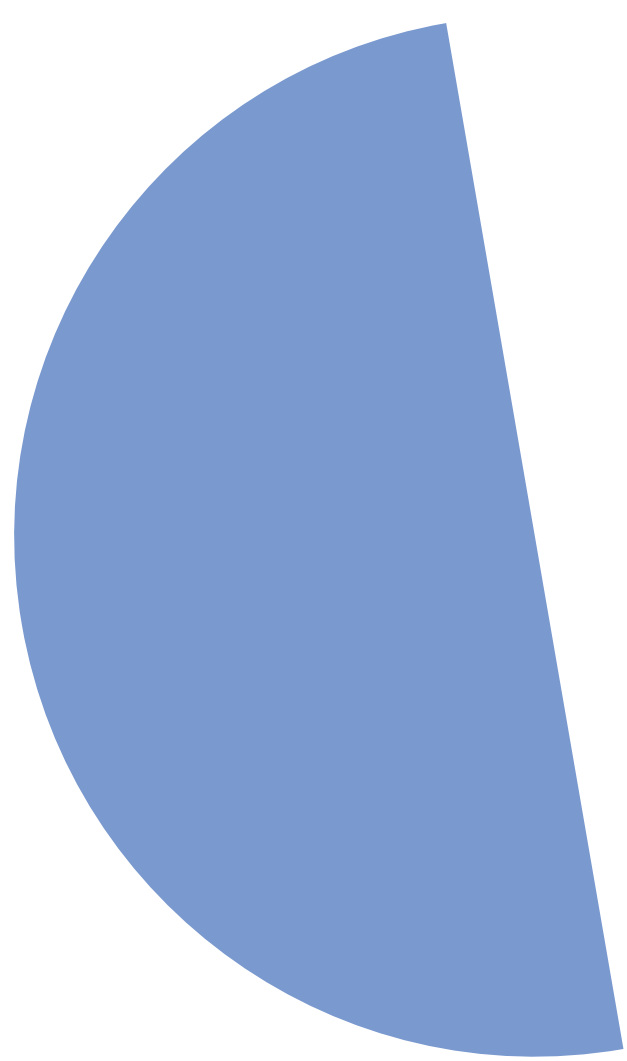
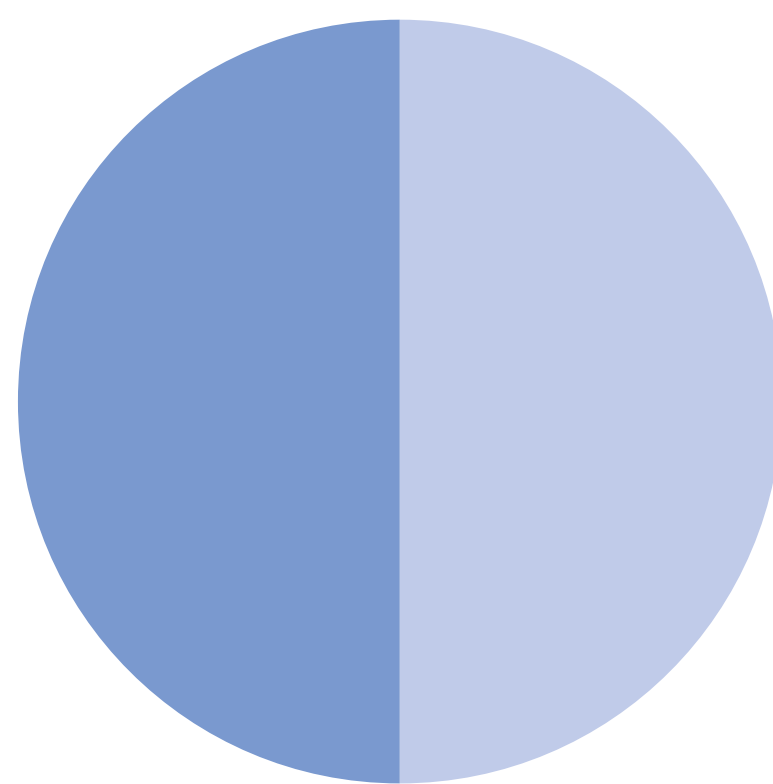
otros, creyendo en las buenas intenciones que tenía, la de transformar el mundo.

Esperaba en lo más profundo de mi corazón, que Dios perdonará mis errores, no logré salvar la vida de mi padre, pero dedicaría mi vida a salvar a quien me necesitara, estudié medicina en Uruguay e hice mi vida ahí, hice mi propia familia y amé a cada uno de mis hijos, cuidándolos con todo el amor que quedaba dentro de mí, pero siempre manteniendo en secreto todo ese pasado que me esforzaba día a día por redimir. Esperando que todos mis esfuerzos me llevaran a que al final de mí vida pudiera reunirme con mis padres.



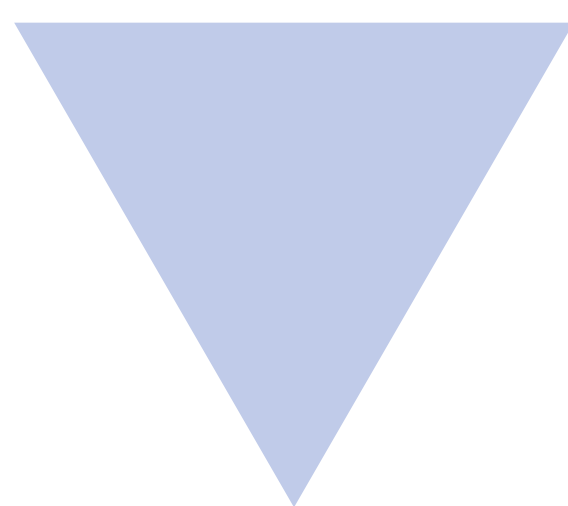
# CATEGORÍA B

de 17 a 20 años



**1° PREMIO**

Víctor Leonel  
Gutiérrez Alcaya



# Esas polillas

Repugnantes como papeles viejos y llenos de polvo, con ese polvo que, al cortarte, se te mete en la piel y te da picazón. Pero más repugnantes porque es un papel ajeno a todo libro, a toda historia, a todo autor. Se escapan y se ocultan entre mis colecciones de estanterías vacías. También encuentran refugio junto a los fideos en la alacena, esos que van quedando siempre al fondo, juntando polvo y papeles vivos, papeles grises. Revolotean repentinamente cuando llega a invadir su nido.

Si las aplastas, la sombra de su muerte queda impresa en la superficie contra la que estallaron como si quisieran permanecer en el mundo, bien agarradas a esta tierra de locos incluso después de muertas. Por eso es tan difícil limpiar ese polvo gris, esa sangre arenosa.

Repugnantes. Y hace tiempo me persiguen. Vuelan a mis bolsos mientras duermo, se acomodan como si fueran las páginas de mis cuadernos, me acechan. Después, me asustan cuando vuelan contra mí al separar las tapas de las contratapas, llegan a mi cara como esas ideas subversivas que me surgen, que quiero reprimir, pero que se escapan. Me pongo blanco, hace días ando blanco por este loco mundo loco.

Temo abrir los libros. También me dan miedo los discos, porque parece que son cómodos para esos bichos asquerosos, repugnantes, invasores, que no puedo controlar. Me encierro en mis pensamientos, pero pienso poco para que tampoco crean, esos bichos, que pueden empezar a usar también mi cabeza como su casa.

Antes no temía. Ahora es insoportable, esos bichos plagan mi vida.

Así andaba, escondiéndose de las mariposas de la noche, hasta ayer. Pero

ayer todo se me fue de las manos. Al despertarme fui a verme al espejo, como todas las mañanas. Miré mi nariz aguileña subrayada por un bigote negro, mi boca ancha hecha de labios delgados, mis ojos marrones responsables de tantos proyectiles bien encajados... pero ahí, en mis ojos, en mis párpados, vi algo más. Algo blanco. No, blancuzco.

Con la mano no pude sacarme esa basurita de mi mirada. Estuve incómodo todo el día, parpadeando y lagrimeando, incluso llegué a olvidar la molestia que me causaban las polillas en los bolsos y en las estanterías y en la sangre. A la noche, cuando el espejo me devolvió una mirada paranoica, los bichos poblaron mi mente otra vez. Sí, en mis párpados, entre el globo ocular y la piel, húmedos, perfectos para su guarida. Sí, quizás cuando dormía; quizás una de las veces en que apoyé la mira en mi ojo y disparé; o cuando el miedo de esa chica en los

cambiadores del estadio se introdujo en mi conciencia, dura piedra, y yo seguí empujando, empujando, hasta que su grito rasgó el aire, tanto que se enmudeció la radio que cantaba «la felicidad ja-ja-ja-ja, de sentir amo...» y los otros gritos de las otras celdas se congelaron. Sí, fue entonces cuando los bichos convirtieron mis ojos, ojos míos, en los suyos.

Desde ayer incubo estas larvas más cargadas de horror, de culpa. Es la venganza de las polillas que envenené, estoy seguro, de todas esas polillas desaladas a las que arrojé de su vuelo. No me dejan dormir, no me dejan ver la tele, no me dejan nunca. El perdón que me dieron ese año, la absolución que decidieron mis verdugos en ese juicio fatal fue el inicio de mi autodestrucción. Esperaba una condena acorde a los dolores que parí durante aquellos siete años, pero mis polillas me carcomieron a mí y a la bandera azul y blanca que cuelga de la ventana du-

rante cuarenta inviernos de la manera más cruel. Así que decidí, en la tarde de hoy, matarlas.

Y eso hice, las maté.

Frente al espejo, harto ya de verme, me lavé la cara. Abrí bien grandes las cuevas llenas de gusanos blanquecinos. Casi vomito, pero aguanté, y después mi reflejo agarró el fierro. Nunca vi ese cañón desde aquella perspectiva. Me resultó peligroso porque mi reflejo tomó el poder. Iba a ayudarme. Podría dormir, dejar de sentir polillas en los ojos.

Otra vez, como tantas otras veces, el metal del arma se calentó después de pechar con fuerza la bala. Hubo algo distinto en ese disparo, quizás porque fue el último, o quizás porque fue el único que mereció la pena.

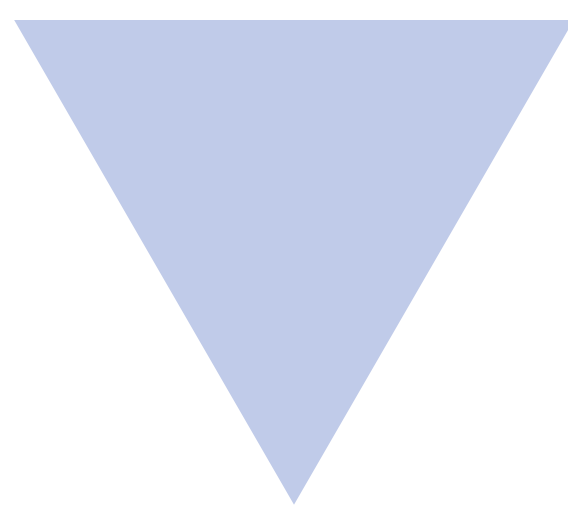
Desparramado en el piso de azulejos quedé yo, hueco, vacío, liviano, sin bichos. Porque su sangre gris salpicada en la pared que refleja mi espejo murió mezclada con la mía, ambas querien-



do aferrarse, pero a la vez escapando de la naftalina, huyendo como al vuelo de este mundo loco.

**2° PREMIO**

Matías Agustín  
Carbelli



# Rito de una amistad rota

Pilar fue la primera en nuestro grupo de amigos en cumplir dieciocho años. Orgullosa leonina, hija de médicos y futura estudiante de medicina. A mí me gustaba. Va, me parecía linda e interesante. «Gustar», en la actualidad, es una palabra que suele quedar muy grande. Ciertamente, no es alguien que conozca desde todas sus aristas. Pili es una mina piola, graciosa, fanática del cine y muy entusiasta. Solía ser la encargada de comprar el alcohol y portaba, con una justificada vanidad, su DNI, que la acreditaban para ser la matriarca del grupo. A ella le gustaba Benjamín.

Cuando dos personas del mismo grupo de amigos se gustan, las situaciones incómodas, las indirectas y las cosas que no se dicen, pasan a ser pro-

blemas cotidianos. Más en la etapa de la secundaria, cuando todos están haciendo los preuniversitarios y esperando la entrada a sus respectivas facultades o laburos. Y más cuando se trata de un grupo grande, que solo se sustenta en juntadas de grupos pequeños.

Tincho es el más joven y conflictivo. Cumplió los diecisiete a inicios de mayo y es conocido por ser el tipo «jodón» y «fiestero», casi desinteresado, que a casi cualquiera le cae bien. En principio, terminamos tentados con lo que dice, una comedia barata, repetida hasta el cansancio y que después de un instante, ya a nadie le da risa. Suele parecer insensible, aunque pienso que es de los más leales y el que en secreto más siente. Antes de ser amigo del grupo como unidad, era amigo de Camilo.

Camilo es nuestro introvertido. Un tipo serio, callado, profundo y misterioso. De carácter simple, pensamien-

tos inciertos y personalidad facetica. A veces parece que solo quiere jugar jueguitos en la computadora y otras veces lo ves yendo a bailes, poniéndose en pedo o inventando cuentos que nadie entiende. Anda en algo con una mina que no le da mucha bola, pero nadie le dice nada porque parece que entre ellos se entienden.

Valentina es la representación de lo antagónico. Un estilo de amiga que no tiene nada que ver con nadie en específico. De gustos peculiares y sentimientos solitarios. Se opone a los modos de ser de Tincho, critica los comportamientos de Pili y le advierte sobre sus malas decisiones al momento de elegir un noviazgo. A pesar de lo que acabo de decir, Valentina es quien siempre está cuando tiene que estar. Una psicóloga, una maestra o simplemente una amiga incondicional.

Benjamín fue el segundo en cumplir dieciocho años. Hace un par de meses, casi a la par de la culminación de las

clases, se celebró su paso a la adultez. A modo de regalo, sus viejos le obsequiaron lo que toda persona a nuestra edad más desea: un auto. Él prometió que al acabar la secundaria nos llevaría a hacer escapaditas más seguidas, pero de pronto las fiestas de fin de año, el temor a la ruta y las malas organizaciones, provocaron que el viaje poco a poco se fuese postergando.

Estamos a mediados de enero y por fin decidimos hacer algo. No es ni un cuarto de los delirios que teníamos de pibes sobre ir a Buenos Aires o siquiera salir de la provincia, pero era un gran destino para empezar: el Carrizal. Un fin de semana en las costas del embalse, con amigos, comida casera, carpas, juegos, alcohol y demás detallitos que prometían hacer de esos días, una anécdota memorable.

O al menos esa era la premisa. Últimamente, el grupo de WhatsApp andaba bastante inactivo y tenso. Las juntadas eran esporádicas, distantes

y aburridas. Es raro. Creo que todavía no caigo en cuenta de que ya terminamos la secundaria. Uno cuando ve que ya se acabaron esos cinco años empieza a sentir mucho. Quizás sea momento de despedirse de todo lo que en algún momento fuimos. Aunque, por lógica, aún estamos en una etapa de negación. Obviamente, nos prometemos seguir viéndonos, ser amigos por siempre y no perder el contacto, pero en el fondo sabemos que, (sin necesidad de que sea algo malo), cada quien va a seguir en la suya. Es más, todo apunta a que incluso este viaje puede ser lo último que hagamos juntos.

Es chocante. Los amigos que tengo los conozco desde hace años. Pasamos por cientos de historias, nos conocimos de formas súper íntimas, hemos reído, llorado, gritado e insultado y ahora parece que, ante mínimas eventualidades, todo puede desmoronarse como si nada. Me aterra la po-

sibilidad de que tantísimos recuerdos y tantísimas relaciones sean borrados de la memoria. No entiendo como las personas pueden ser pasajeras y como sus nombres dejan de oírse. En fin, se puede decir que el viaje de ida fue relativamente tranquilo. Menos de una hora en auto desde la casa de Pili, contando una parada en la estación de servicio para cargar nafta y comprar leña. Seis personas viajamos apretadas e incómodas en un vehículo que era para cinco, creo que eso ya decía mucho sobre las «vacantes» del grupo. Los días anteriores fueron caóticos. Principalmente por el desafío que nace al decidir qué cosas había que llevar y qué había que comprar para las comidas. Llegamos el sábado a eso de las nueve de la mañana y pensábamos irnos el domingo por la tarde, pasadas las dieciocho. El carrizal era un lugar que todos conocíamos muy bien, pero no estando juntos. Una vez que pasamos por el paredón



que contenía toneladas de litros de agua estancada, Tincho fue el primero en romper el hielo.

— ¡Adiós Mendoza! ¡Hola Carrizal!

—«bromea» él y nosotros reímos.

Cuando estuvimos en el camping, bajamos la hielera, las cajas con mercadería y los bolsos, para tratar de acomodarnos en uno de los quinchos que no estaba ocupado. Valen busco un alargue que conectó a uno de los enchufes de la instalación eléctrica. Rápidamente, ya había una pava calentando agua, cargadores con celulares y un parlante con música. Aún era temprano para cocinar, así que exploramos un poco la zona. Fuimos a las costas del agua, lanzamos piedras y caminamos en círculos.

— ¡Qué piola que está todo, loco! Súper tranquilo —dice Camilo, sintiendo el viento en su cara y asimilando las ondas de la corriente—. Qué paja que el pobre del Pulga no pudo venir.

Pulga es un compañero de curso, ami-

go de Camilo y Tincho, suele colarse en algunas de nuestras juntadas, pero tiene una especial relación con ellos dos.

—Sus viejos le siguen echando en cara el pedo que se agarró para el cumpleaños del Tincho. Además, el boludo está hasta las pelotas con las materias que tiene que sacar. Si no se presenta y no las aprueba en las mesas de febrero, no sé cómo le va a hacer —explica Benjamín.

—Igual, digamos que, si hubiese venido, no entrabamos en el auto —dice Tincho.

—No seas así, boludo, que bosta que sos con el chabón —reprocha Benja, dejando en claro algo que la mayoría veníamos intuyendo: las amistades son o pueden ser, para ciertos miembros del grupo, reemplazables.

— ¡Va! ¡Es la verdad! Le duele a quien le duele —defiende Tincho.

—Si pensás eso de él, que lo conoces desde siempre, qué pensarás de nosotros —dice Valentina.

La situación se torna molesta y pesada. Nadie volvió a hablarse y cada uno se ocupó de hacer algo que lo distraiga. Benja preparaba el fuego, Camilo trataba de buscar señal con su celular, Tincho jugaba solo a la pelota y Pili se acomodó a la sombra de un árbol. Yo me senté junto a Valen y ambos preparamos las verduras para echar a la parrilla, junto al asado más barato y berreta que encontramos.

— ¿Vos qué piensas? —dice ella en voz baja, después de alcanzarme un pimiento verde para que le saque las semillas.

— ¿Respecto a qué? —pregunto.

—Sobre lo que está pasando, sobre el tiempo, sobre el olvido —explica.

—Fue... fue bueno... —respondo, mirando de forma panorámica y en cámara lenta, el cabello de Pilar, las manos de Benja sobre la parrilla, las zapatillas de Tincho manchadas con barro, el teléfono de Camilo y los ojos de Valentina.

Ella solo se limitó a sonreír. Todos sabíamos y esperábamos lo mismo, pero era más fácil fingir demencia y no hablarlo. Con Valen seguimos charlando de otras cosas. Me contó que quizás vaya a estudiar a una universidad de Córdoba y que no sabe cómo sentirse. Explicó que toda su vida ha vivido en Mendoza y que teme dejar a su familia y a sus amigos. No le gustan las despedidas y confesó que somos más importantes para ella de lo que suele demostrar. Son cosas que, teóricamente, yo ya sabía, pero la connotación con la que ahora eran dichas, se percibía totalmente distinta.

Almorzamos a eso de las dos de la tarde, en medio casi comimos más temprano, pero las críticas a que la carne estaba roja provocaron que Benja devuelva algunos trozos a la parrilla. En la siesta y después de lavar los platos, nos tiramos en el pastito a intentar dormir un rato. Cuando el calor bajo un poco fuimos a la pileta del cam-

ping. Preparamos los toallones, las ojotas, las bermudas y partimos. Es inexplicable la sensación de nostalgia que se contemplaba en la atmosfera. Una nostalgia sustentada en recuerdos que todavía no terminábamos de producir.

Cuando fuimos a la pileta, de formas sutiles y analizables, quedó confirmado que Pili y Benja andaban en algo. No dijeron nada, pero fue evidenciado a través de ciertas miradas, ciertos juegos y ciertas toqueteadas. Yo no sabía y tampoco quería saber cómo sentirme al respecto. Me bastaba con flotar en la piscina, que parecía ser el común denominador para quienes buscaban mantenerse en calma. Camilo se salió del predio, agarró algo de su mochila y se apoyó en el barandal. Decidí seguirlo. — ¿Qué onda, rey? Estás re quemado, ¿Vos tampoco trajiste protector solar? — me dice después de prenderse un pucho y ver cómo me acomodaba a su lado.

—Ni a palo. No me da la guita — digo—. Che, sabes que, con todo esto de navidad, año nuevo y el viaje, nunca nos terminaste de contar tus mambos. Tipo, al final, ¿Qué vas a hacer después del verano?

—Me mataste, loco. Nunca me gustó hacer planes, pero después de mucho pensarlo y de hablarlo con alguien que aprecio mucho, elegí tomarme este año sabático. Hay cosas que tengo que hacer, lugares que conocer y muchísimo que aprender.

— ¡¿Posta?! ¡Fua! ¡Qué mal amigo soy! No estaba ni enterado.

—No, boludo, no te preocupes. A inicios del año pasado, ni yo pensaba que sería capaz de hacer algo así. Supongo que es de esas cosas que vienen con el crecimiento. Son parte de eso que sucede cuando el tiempo simplemente pasa. Después de estar en la pileta un par de horas, caímos en cuenta de que sería buena idea armar la carpa con la luz del sol y no cuando ya sea de noche y

esté oscuro. Benjamín fue el principal encargado de su construcción. Se notaba pensativo, sé que hace poco había terminado una relación de bastantes años y se siente extraño al querer de nuevo. No soy el indicado en señalar porque no debería querer a Pilar, porque sería hipócrita de mi parte. ¿Cómo no quererla? Es la interrogante más adecuada.

Mientras la mayoría ocupaba los precarios baños del camping para quitarse la suciedad, ella se había puesto a hacer la masa de las pizzas que haríamos a la parrilla. Agarré un par de latas de birras de la hielera, abrí una para mí y la otra se la di a ella de pasada. Sabíamos, por lo que nos había comentado, que estar acá era un tema bastante sensible. De igual forma, no lo demostraba y le ponía pilas y energía para que todos tratemos de estar lo más cómodos posible.

Mientras es mi turno para bañarme, veo que, al salir de la ducha, Tincho se

puso a ayudar a Benja y que Camilo cortaba el queso cremoso junto a Pili. Antes de entrar al edificio de los baños, en el camino me crucé con Valen, me dice que está cansada y me pide un abrazo. Al parecer tuvo una pequeña discusión con su mejor amiga, mientras yo compartía un cigarro con Camilo. Ella definitivamente no aprueba la naciente relación entre Pili y Benja, pero a la vez, siente que ya no tiene ningún derecho en dar su opinión. La confunde.

En la noche, una vez que estuvimos aseados y que la carpa ya estaba armada, ocupamos una jarra para preparar fernet con coca. Nos sentamos alrededor del fuego a admirar las brasas que cocinaban las pizzas que íbamos a cenar. Hasta entonces, el silencio era lo que más resaltaba. De pronto, Tincho puso música en el parlante y comenzó a hacer palmas. Sin darse cuenta, dijo algo que no debería haber dicho:



— ¡Guacho! ¿Vieron que mansa estaba el agua de la pileta? Para la próxima podemos ir a Cacheuta o algún otro lugar parecido.

Nadie dijo nada. Valentina me mira de reojo al mismo tiempo que yo hago lo mismo.

—Estaría bueno, pero quién sabe, falta una banda para el año que viene... tantas cosas pueden pasar en medio. Mira si por alguna razón no seguimos siendo amigos —dice Benja.

— ¡No, boludo! ¡Fíjate que gilada estás diciendo! —Tincho nos mira buscando aprobación. No la encuentra—. ¡Uh, pero son re pelotudos! Capaz antes de que termine el verano y después de que el Pulga rinda las materias nos dé el tiempo para...

Silencio.

Tincho quedó embroncado, gritó un par de insultos al aire, dejó la jarra en la mesa y se fue a caminar solo. Creo que era el único que quedaba en entender lo que estaba pasando. Era

comprensible. A pesar de su personalidad, sus viejos son los más estrictos y es quien más la va a padecer. Ve en nosotros una oportunidad para poder despejarse de su realidad y le angustia ya no tener lo que ya tuvo por tanto tiempo y daba por seguro.

A eso de las dos de la madrugada, todos los amigos estábamos acostados en la misma carpa. Hacía frío y me costaba dormir. Escucho que alguien se levanta y la sigo. Es Pilar. Hace mucho que no hablo con ella. Antes solíamos contarnos hasta lo más mínimo y ahora nos «conocemos» tanto que simplemente damos por sentadas ciertas cosas. No sé cómo se estará sintiendo con la pronta separación del grupo. Y tampoco ha dicho nada sobre lo que nos contó qué significa, para ella y para su familia, estar en el Carrizal.

Pilar se sentó a ver las llanuras que estaban detrás del horizonte a donde llegaba el agua. Parecía que estaba vien-

do algo o a alguien. En una juntada, después de medio ponerse en pedo, confesó que su abuelo era uno de los tantos detenidos-desaparecidos durante el último golpe cívico-militar. Ella obviamente no lo conocía, pero su papá tenía casi diez años cuando se quedó sin su viejo. Al abuelo de Pili se lo llevaron de su casa. Se lo llevaron dejando mucha violencia y terror detrás. Ella nos relata que su padre se siente impotente explicando lo ilógico que le parecía que una persona que se oponía a algo que estaba mal, de un día para el otro, y con el consenso de los vecinos que lo conocían de toda la vida, sea desaparecida de la faz de la tierra.

Oficialmente, no hay un cuerpo, no hay un cementerio, no hay un lugar donde esa víctima descansa en paz. Los rumores dicen que el abuelo de Pilar fue arrojado al embalse del Carrizal en uno de los tantos «Vuelos de la muerte» que se realizaron en esos

años. A modo bastante simbólico, la familia suele ir a aquel lugar, exigiendo «Memoria, verdad y justicia». Levantando las pancartas con la foto de la persona que perdieron.

Es confuso pensar que detrás de cada foto hay una historia y detrás de cada historia, hay decenas de otras historias, de otras fotos y de otras personas. Solemos olvidar el valor humano, la vida después de la vida; la vida vista desde lo más simple de su naturaleza. De que quizá el hijo de un detenido-desaparecido pudo recibirse de médico, casarse, tener una preciosa hija y formar recuerdos con su familia en una realidad impensada para su padre. Es difícil imaginar que la nieta de ese hombre ya es grande, acaba de terminar la secundaria, tiene un buen grupo de amigos, con sus propias historias y conflictos, está enganchada con uno de ellos y parece que esa amistad colectiva está por disolverse. Suena tan banal. No es más que la

historia de una vida típica y aburrida, pero es un regalo.

Los casi cuarenta años que hemos tenido de democracia ininterrumpida permitieron esto. Esto que es tan simple, pero que, a la vez, significó tanto. Cuesta ver esas fechas como lejanas, pero ya hay una gran brecha generacional entre quienes estuvieron y quienes estamos. Considero que es importante eso que siempre dicen sobre no olvidar nuestra historia, pero también disfruto de resaltar, para bien o para mal, la inclemencia del tiempo. Los años pasan y se forman historias que le siguen a las historias de quienes sobrevivieron. Lejos de pensar en explicar el logro que consiste en recuperar el orden, la democracia y el pensar en una sociedad mejor; prefiero contar esta historia, sobre un viaje de amigos que ya no son tan amigos, de una memoria que es lo máspreciado que tenemos y de cómo hay cierta belleza en la cotidianidad que implica que pibes de nues-

tra edad existen y viven en contextos tan distintos a los que se vivieron durante una de las épocas más oscuras de nuestra historia.

Pilar siguió admirando la noche y yo preferí no interferir. Me metí dentro de la carpa y fingí estar dormido. Después de un rato, ella hizo lo mismo.

A la mañana siguiente todos estábamos cansados y con frío, pero predispuestos a pasarla bien y no reflexionar tanto sobre el futuro. Almorzamos pasta, jugamos juntos a la pelota, tomamos mate con galletas surtidas, cantamos las canciones del parlante a máximo volumen y sin vergüenza y compartimos hasta el último segundo de aquella modesta escapadita. Antes de partir, Pili se sentó junto a mí y apoyó su cabeza en mi hombro. Preguntó cómo andaba y charlamos sobre el viaje y sobre lo que podíamos hacer en los días venideros.

No sé si genuinamente Pili me gusta, ella es más que una cara bonita y

alguien a quien querer. Sin embargo, eso no quita que estoy feliz y orgulloso de ser o de haber sido su amigo. La admiro. Admiro a estas personas que fueron parte de mi vida y parte de este viaje, pero después de un tiempo, toca despedirse. El viaje funcionaba como una básica metáfora sobre nuestra amistad. No es malo admitir lo que somos o lo que fuimos. Al menos, soy consciente de que, como para otras tantas cuestiones, el recuerdo de estos días es imprescindible. Nos acompañamos, nos quisimos y de ahora en adelante todo será distinto.

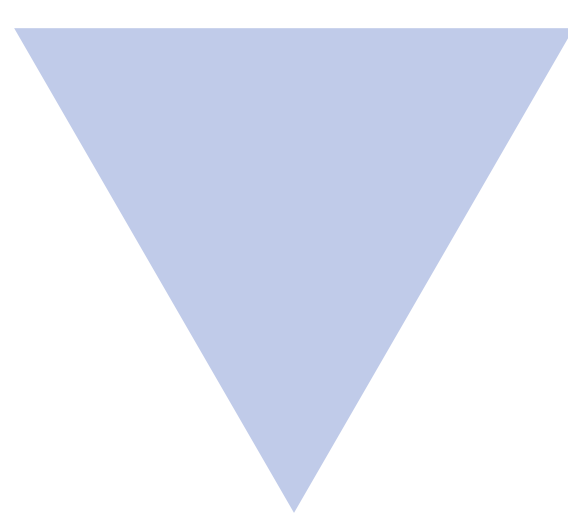
Lo satírico de la situación entera, es que aún estábamos acá. Aún estábamos juntos. A eso de las seis de la tarde, Benjamín abrió las puertas del auto, cargamos los bolsos y lo que trajimos en el baúl, nos subimos y emprendimos el viaje de vuelta. Pilar cebaba mates desde el asiento delantero, Tincho hacía chistes sobre el atardecer, Camilo sonreía callado y

Valen conectó su teléfono al Bluetooth del estéreo y puso música. Yo veía el embalse desde la calle del paredón, un agua serena y en calma, que nos cegaba por el reflejo de la incipiente retirada del sol. Nunca vamos a olvidar nuestras historias. Nunca vamos a olvidar esto.



**3° PREMIO**

Camila Locamuz



# Atentamente, Democracia

La carta que está a punto de leer cayó en mis manos por arte de magia. Entró por la ventana de mi habitación y se dibujó en mi regazo, sola, casi como si hubiera sido escrita para que yo la leyera. Nunca se lo conté a nadie, y por temor a verla desaparecer la escondí bajo llave, dejándola en la oscuridad del silencio y la comodidad. No quería que alguien la rayara, que alguien fuera capaz de romperla o quemarla, haciendo de cuenta que no existe o que no tiene importancia.

Sin embargo, mi temor se hizo tan grande que se convirtió en absurdo, y tras vivir el paso del tiempo descubrí que, aunque fui yo quien la encontró, no me pertenecía. O al menos no solo a mí: el papel es de todo un pueblo, les escribe a todas las personas que en su

DNI tienen la nacionalidad que reza «Argentina», en mayúsculas y justo en el centro.

Hoy, a cuarenta años del regreso de la libertad y a casi cuarenta y ocho de haber sido escrita, acepto el destino de esta carta. Acá la doy a conocer y les devuelvo una parte de historia a los millones de argentinos que comparten y compartieron conmigo esas nueve letras escritas tanto en el DNI como en el alma, costumbres y corazón:

*Miércoles, 24 de marzo de 1976.*

*Ya son las doce de la noche y aún no puedo dormir.*

*Me queda alguna que otra hora, pero temo que no será más que eso. El reloj hace su típico sonido de tic, tac, y con él amenaza el fin de mi trabajo y la llegada de corazones muertos, fríos y despiadados que van a apoderarse de mi hogar.*

*Sé que vienen por mí. No hace falta que explique por qué, ya que el dolor y la tragedia de estos últimos meses han sido suficientes para confirmar que me están buscando por cielo, mar y tierra, y por mucho que trate de esconderme ellos van a encontrarme. No voy a moverme. Ni siquiera cerré con llave ni junté la puerta. Soy de todos, incluso de aquellos que quieren arruinarme, dañarme y encerrarme. Que vengan por mí y miren fijo al rostro de la libertad que están aniquilando, que se llenen de vergüenza al llevar escarapela o al pronunciar el nombre de la Argentina con sus sucias bocas de dientes afilados. Estoy sentada de espaldas a la puerta. La bandera flamea justo frente a mis ojos, brillando a través de la ventana que nos separa. No hay luz fuera y tampoco acá dentro, pero ella sigue izada en*

*su gloria, iluminando como puede la patria.*

*El viento juega a mi favor y la despliega, la hace ver más imponente que nunca. Su único ojo dorado me sonríe y me acompaña en mis últimos momentos, probablemente recordando que ella y yo ya estuvimos antes en esta situación. Me pide que no tema, pero la verdad es que estoy repleta de angustia.*

*Esta vez no se siente la esperanza de que sea momentáneo, y si sobrevivir al pasado fue difícil y tormentoso, no puedo imaginar cuánto va a costar esta vez. Tengo miedo de permanecer en la oscuridad y me inquieta la incertidumbre de no saber cuándo voy a volver a proteger mi casa, a cuidar los papeles que entran en las urnas y que me proclaman en secreto, que me nombran en un susurro inaudible.*

*Quisiera pasearme por acá y tratar de encontrar una salida al revolver en los rincones, pero sé que aunque busque y dé millones de vueltas, aun así nada voy a encontrar. Esto va a ocurrir, va a ocurrir y yo lo voy a tener que soportar.*

*Quiero llorar, pero no voy a permitírmelo. La bandera me ruega que me quede para siempre teñida de celeste y blanco. A mí, que juré frente a sus colores que iba a defenderla hasta mi último minuto, que crecí y nací bajo el amor que tenían por ella. Me rompe el corazón, pero no puedo afirmar nada: no sé qué deparará mi destino, no sé si seré usada y manipulada a la conveniencia de bestias sedientas de poder, llenando mis letras de odio y mentiras. No sé si podré cumplir mis promesas. Ni siquiera sé si saldré ilesa.*

*Escucho sus pasos, los escucho porque yo estoy por todas partes. Oigo los gritos en las calles y los sollozos de los que buscan un lugar donde refugiarse. Escucho las manos temblorosas del periodista que se encerró a escribir en la redacción de un diario aun sabiendo que quizá no escriba más, y también lo fuerte que late el corazón de los padres cuyos hijos no han vuelto a sus casas. Siento todo lo que pasa por sus mentes, todo aquello que preocupa a una familia, a un grupo de amigos, a un compañero o vecino, sus huesos fríos y sus respiraciones agitadas.*

*Me quieren olvidar. Ellos saben que me están buscando, por lo que si me encuentran en sus mentes van a llevarlos también. Saben que deben dejarme atrás, por lo menos un tiempo, por lo menos al principio. Aunque no*

*me digan nada sé que me piden perdón al disminuir la potencia de sus voces y al entregarse (casi) por completo a un destino de bocas tapadas y manos atadas. Sé que sufren al descolgar cuadros y esconder documentos, al decirle adiós a un país justo, a un país donde uno puede vivir. Algunos, quizá los que miran sus cuadernos, guitarras y micrófonos con anhelo y tristeza, arman sus valijas con lo poco que pueden, deseando que no sea lo suficientemente tarde. Otros se fueron hace tanto tiempo que ya ni siquiera están compartiendo esta terrible noche conmigo, al menos de manera física, porque sus corazones aún permanecen acá, distribuidos en las provincias y atados a su tierra.*

*No me queda mucho tiempo y cada segundo que pasa pierdo más la esperanza. Veo desde la*



*altura las calles que fueron mías  
y me duele creer que en breve van  
a ser recorridas por un monstruo  
colectivo ideado bajo alguna idea  
de falsa autoridad. Escribo esto  
desde el dolor de imaginar que va  
a apropiarse de las mentes, los  
proyectos, las sonrisas y de mí.  
Realmente, escribo desde la des-  
esperación de no ser olvidada.  
Son las tres de la mañana. Ya es-  
tán acá. Tan solo tienen que su-  
bir las escaleras y me van a en-  
contrar. Escalón por escalón, sus  
pies se hunden en todo el amor  
con el que construyeron mi nom-  
bre, llenan de barro y mugre al  
pinchar con sus garras la bande-  
ra de nuestra Nación, pintando  
de negro las paredes que refleja-  
ron el sol.*

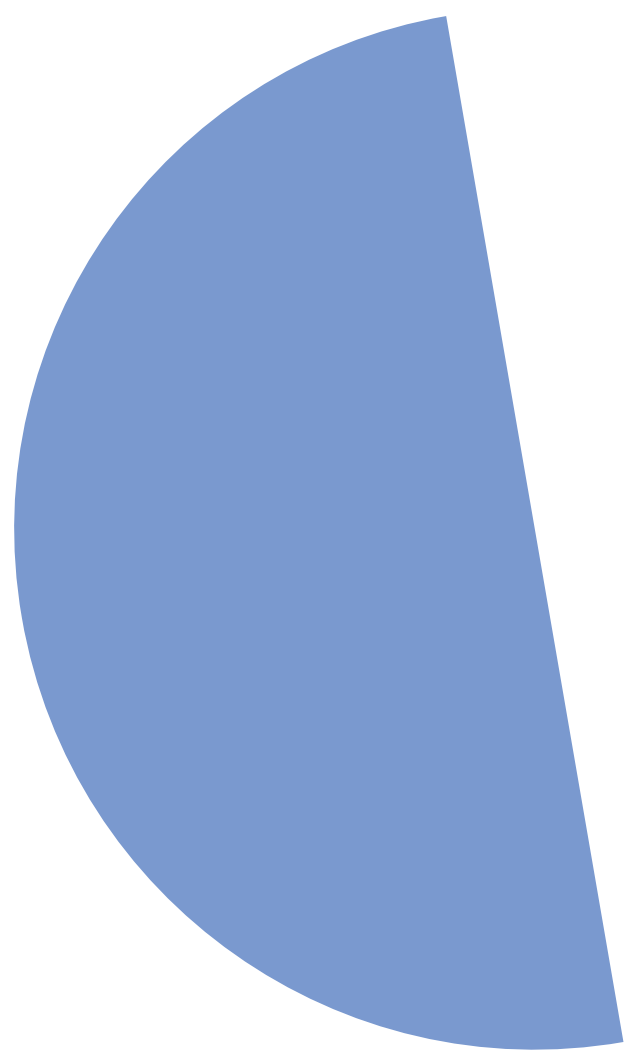
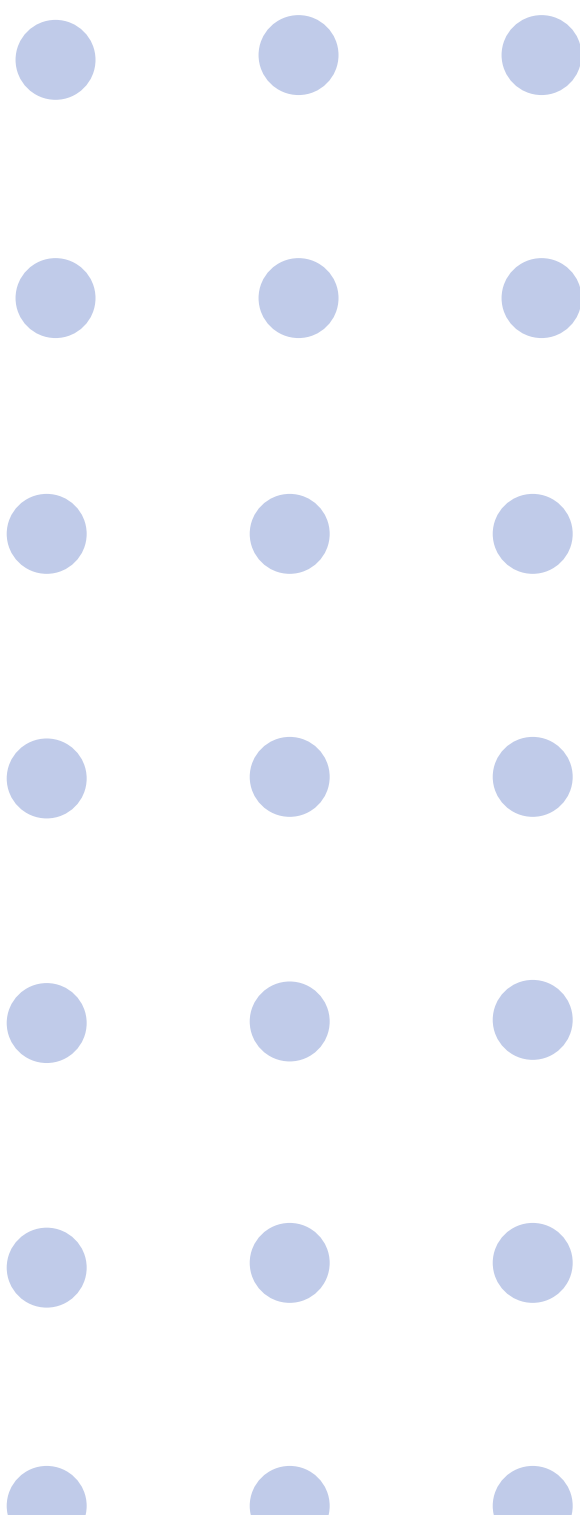
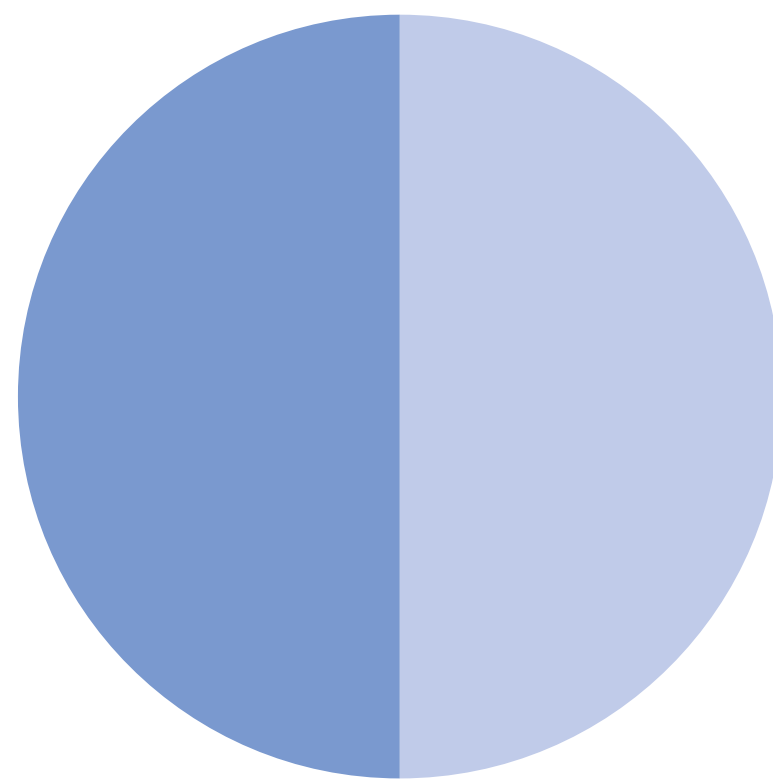
*Y por si no nos volvemos a ver,  
mi Argentina, te escribo hoy con  
todo mi amor.*

*Atentamente: Democracia.*



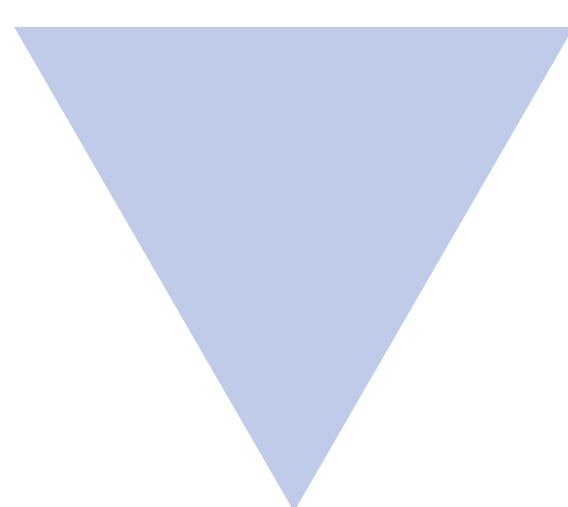
# CATEGORÍA C

de 13 a 16 años



**1º PREMIO**

Lucila Marín  
Sendra



# Un día paranormal

—Abu, este año me toca votar y no me pinta nada.

—Pero a vos ¿no te gusta decir lo que pensás?

— ¿Decir lo que pienso? No te entiendo abu.

—Y si, cuando vamos a votar, expresamos nuestra opinión.

—No lo había pensado así.

—Pensálo, yo a tu edad, no solo no podía votar, sino que no podía leer lo que quería, escribir lo que pensaba y hasta para hablar me tenía que cuidar, es muy importante votar - me dijo mi abuela mientras le echaba cinco cucharadas de azúcar al mate.

Me encanta charlar con mi abuela pero los ojos se me cerraban, ese viernes me había levantado a las cinco y media porque el pesado de geografía nos tomaba lección y necesitaba repa-

sar. Por eso, le di un beso a mi abuela y me fui a dormir la siesta.

Me desperté con los ladridos de la insoportable de mi perra y cuando la quise callar, no sentí mi voz. Todavía estoy dormida, pensé. Me levanté, me puse las zapatillas y escuche de lejos la voz de mi mamá retándome porque supuestamente había dejado un plato sucio arriba de la mesa. Cuando quise defenderme, explicándole que no había sido yo, no pude, no me salía la voz. Comencé a desesperarme, no sabía qué hacer. Fui al baño y me mire al espejo, me lavé la cara con agua fría, me pellizqué y aparentemente estaba todo normal.

Traté de calmarme, «Debe ser que estaba soñando» me dije para no entrar en pánico. Fui hasta la cocina y preparé un tazón de café con leche caliente. Se me acercó mi hermano mayor.

— ¿Qué haces nena? ¿Vas a entrenamiento hoy?

—Hola loquito —le dije sorprendiéndome—

dome alegremente de que mi voz estaba intacta—sí, sí, voy al club a las ocho.

Aliviada de no haberme quedado muda me senté con mi celu en el sillón del living, disfrutando de estar sola en casa. Mi mamá se había ido a llevar a mi abuela al médico, mi papá todavía en el trabajo y mis hermanos, uno en fútbol y el otro en inglés. La casa estaba silenciosa. Estaba en el paraíso.

Abrí Instagram, mi dedo hacia su trabajo deslizándose suavemente. Me encontré con la foto de Tini luciendo pantalones anchos en la historia de la página de ropa que sigo siempre. «¿Te gustan?» preguntaban en una encuesta. Cuando apreté la barra de SI no me indicaba ninguna acción realizada. Pensé que mi celu no andaba muy bien. «Tengo que comprarme uno nuevo urgente» me dije mientras seguía navegando. Sin embargo, todo seguía muy raro, Sofi, mi amiga de vóley, subió una foto súper copa-

da, y cuando quise comentar, nada de nada, no me abría el teclado, insistí pero no pude escribir nada.

Me cansé. Este viernes está embrujado. Busqué mi mochila de hándbol, me puse mis zapatillas y me fui a entrenar. Llegué al club y estaban todas las chicas sentadas en las tribunas.

Uh, reunión. No me gustan las charlas, prefiero la acción. El profe Martin mostraba las opciones para la nueva camiseta. «¡Levanten la mano las que prefieran esta de líneas negras en verticales!» gritó enérgicamente. Sí, esa me gustaba a mí. Pero cuando quise levantar la mano no podía, estaba tiesa, era una estatua viviente. Mica me miró con asombro, «¿No te gusta amiga? Está buenísima, dale, levánta la mano». Me disculpé diciéndole que me sentía un poco descompuesta y me fui a los camarines.

Otra vez frente a un espejo, me miré cincuenta veces, no cien veces. Buscaba algo hinchado, diferente, algu-

na transformación tipo Strangers Things que explicara lo que me pasaba. No podía hablar en algunas ocasiones ni defenderme, no podía comentar fotos, votar en Instagram, votar en el club. ¿Votar? Claro, no podía dar mi opinión. Y cuánta razón tenía mi abuela. Eso me daba rabia. Salí corriendo, mi abuela a lo mejor podía tener la solución. Toqué el timbre de su casa. Esperé. Esperé. Porque los abuelos tienen otros tiempos. Parecía una eternidad. La sonrisa de mi abuela me abrió la puerta. Y algo comenzó a cambiar, por lo menos me sentí más tranquila. No sabía por dónde empezar, no podía contarle a mi abuela lo que me estaba pasando, pobre, le iba a dar un infarto y me iba a mandar a un psicólogo urgente. Entonces le dije que me había resonado mucho lo que hablamos en la mañana y le pregunté qué sentía ella cuando en su juventud no podía expresar lo que pensaba.

—Mucha impotencia, mi niña. Uno



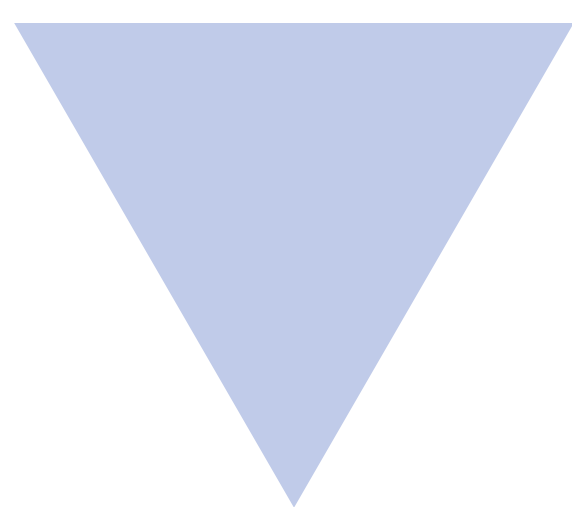
siente mucha impotencia —me describía como buceando en la memoria —la democracia no solo es una forma de gobierno, es una forma de vida social en la que todos somos libres e iguales, en la que todos podemos decir lo que pensamos sin miedo. Aunque no estemos de acuerdo, tenemos la libertad de opinar, de elegir a nuestros representantes. El respeto por el otro es tan grande que aceptamos lo que la mayoría decide pero igual nos sentimos partícipes de esa acción. Hace cuarenta años que pasaron esos años negros en nuestra Argentina en los que no podíamos sentirnos libres de elegir o de opinar. Ojalá nunca sientas esa sensación de impotencia. Pero esa sensación de impotencia ya estaba en mí. El sábado pasó volando, mi voz y mi cuerpo seguían vedados. Solo respuestas simples, acciones rutinarias. La noche llegó rápido y el domingo de elecciones presidenciales se acercaba. Parecía mentira pero estaba

deseando poder votar. Leí instructivos de votación, googleé a los candidatos, los escuché, recordé conversaciones de familia, ya tenía pensado mi voto. Mi papá me dijo alegremente que estábamos en la misma mesa y que estaba orgulloso de ir conmigo. ¿Y si no puedo colocar el sobre en la urna? ¿Y si desaparece mi DNI? ¿Y si las piernas no me funcionan?

Llegó el domingo. Entregué mi DNI a las autoridades de mesa que me felicitaban por mi primera votación. Pasé al aula decidida, convencida y esperanzada. «Yo sí quiero votar» dije en voz alta. Salí con el sobre listo, respiré profundo y coloqué sin problemas mi voto en la urna. Mi vida volvió a la democracia.

**2° PREMIO**

Sara Pfaab



# Nomen nescio

Mis pisadas en la tierra, el aleteo de los pájaros volando a sus nidos y el movimiento de las hojas de los árboles por la brisa otoñal eran los únicos sonidos que rompían el silencio en ese atardecer. Desde hacía un par de meses necesitaba despejarme y el fin de semana largo me vino como anillo al dedo. Había decidido buscar una cabaña accesible en la montaña para pasar dos días y relajarme. Cuando llegué, me quedé asombrada por la belleza del lugar, y pensé que la mejor manera de empezar mi descanso era dando una caminata.

Concentrada en mis pensamientos no noté que el viento corría cada vez más fuerte y más frío, hasta que mi propio pelo me empezó a pegar en la cara y sentí las manos heladas. Rápidamente tomé el camino de vuelta a mi alojamiento y me encerré ahí.

El lugar era cómodo, cálido y acogedor, todo lo contrario a lo que era mi cabeza en ese momento. Para sacarme el frío y el estrés de encima me hice un café caliente y me senté en un sillón frente a la salamandra (que, por suerte, el dueño de la cabaña puso en funcionamiento por mí antes de irse). Mis pensamientos no me dejaban en paz. Desde hacía tiempo, el centro de estudiantes donde era presidenta estaba enfrentando muchos problemas y se desmoronaba cada vez más. No ingresaban nuevos miembros (y, si alguno ingresaba, rápidamente se iba porque «le parecía mucho lío»), organizarnos era cada vez más difícil y muchos de nuestros integrantes se habían ido porque creían que seguir reclamando era en vano, que no íbamos a conseguir nada. La mayoría de los pocos miembros que quedaban estaban desmotivados por la situación. Siempre, desde que empecé la secundaria, estuve en centros de estudian-

tes, dispuesta a dar lo que fuera necesario para que se cumplieran nuestros derechos y se nos tratara de manera justa. Muchas veces me preguntaba la razón de que yo fuera así naturalmente. ¿Por qué se me había ocurrido meterme en algo que a veces te saca tanta energía?

Como solía pasar, me quedé mirando a un punto fijo, sin realmente prestarle atención a lo que tenía enfrente. El sonido de una madera acomodándose dentro de la salamandra me hizo volver a la realidad. Noté que lo que había estado mirando ese tiempo era un reloj que, evidentemente, era bastante antiguo. A pesar de los años que debía tener, estaba muy bien cuidado.

Empecé a fijarme en sus detalles cuando algo me llamó la atención; la aguja que contaba los segundos se había movido hacia el lado contrario. Luego de eso, volvió a moverse a la derecha como de costumbre. Creí que había visto mal, o que, simplemente,

el reloj ya estaba muy viejo y no funcionaba bien. Estaba por dejar pasar el hecho y seguir en lo mío cuando la aguja volvió a moverse hacia la izquierda, con la diferencia de que esta vez siguió yendo hacia ese lado. Antes de que pudiera reaccionar, todas las agujas empezaron a girar cada vez más rápido en dirección contraria. El reloj empezó a temblar, y con él el resto de la cabaña. Me quedé atónita, sin poder hacer más que intentar agarrarme del sillón. De repente ya no estaba más en la cabaña, estaba en una plaza, un hospital, una escuela, una casa, un patio, un departamento. Cientos de lugares distintos pasaron delante de mis ojos en un segundo, o, tal vez, yo pasé por cientos de lugares. Después de unos segundos (o minutos) finalmente todo paró. Me encontraba sentada en una mesa, en una casa con una arquitectura parecida a la casa de mi abuela. Algo me decía que yo ya no era yo, o era una «yo» dis-

tinta. Mi cuerpo se sentía diferente, mi pelo era mucho más corto y lacio, era más alta y, aunque no hablé, sabía que mi voz era distinta.

No podía ver con total claridad, pero pude divisar a dos chicos y dos chicas de mi edad sentados en la misma mesa. En esta había desparramados papeles y lapiceras. Intenté leer lo que tenía enfrente y encontré una fecha: «Agosto de 1978». Los chicos que me rodeaban hablaban pero solo lograba entenderles palabras sueltas. «Estudiantes». «Reunión». «Nos buscan». Algunos hablaban con miedo y otros más confiados, aunque nadie parecía estar hablando de algo alentador. Tras unos minutos el lugar cambió. Nos encontrábamos los mismos cinco chicos parados en otra casa, con una iluminación muy leve. Yo estaba agarrando la mano a Mariana, una de las chicas, que no dejaba de temblar. No entendí cómo supe su nombre, simplemente sentía que la conocía desde



siempre. De hecho, estaba segura que conocía más a esos cuatro chicos que a mí misma. Un hombre de unos 50 años nos hablaba con una mezcla de seriedad y preocupación.

-Váyanse de acá ya, no pierdan el tiempo. -Dijo y le entregó las llaves de un auto a Francisco, el chico que estaba en frente de él.

El momento volvió a cambiar. Nos encontrábamos en un auto, subiendo a la montaña. Estábamos escapando.

El clima era tan tenso que nadie podía emitir una palabra. La noche estaba completamente cerrada y no había ni una luz, pero aun así podía notar que más de uno estaba pálido. Sentí miedo. Sentí desesperación. Quería salir de ahí, de la forma que fuera.

Otro cambio sobrevino. Habíamos llegado a la montaña. Estábamos escondidos en una casa muy pequeña y descuidada, se notaba que nadie había vivido allí hacía mucho tiempo.

Los cinco estábamos sentados en el

piso frío, con las piernas cruzadas y muy pegados el uno al otro. El silencio era tal que, si se prestaba la suficiente atención, podías escuchar los latidos del corazón.

Finalmente, el ruido de un auto rompió el silencio. Solo pudimos mirarnos antes de que patearan la puerta. Nos agarraron a todos entre gritos, amenazas y golpes. Mi visión se empezó a distorsionar. Nos metieron en los autos.

Todo se volvió negro. Sentía más frío y miedo que el que había sentido en toda mi vida. Ya no estaba en el auto, pero no podía identificar el lugar. Escuchaba llantos, gritos, golpes, cosas rompiéndose, respiraciones agitadas. Sentía un dolor que crecía cada vez más. Y, de repente, no sentí más.

Volví a estar en la cabaña. Todo seguía igual. Estaba en el sillón, frente a la salamandra. El corazón me latía como nunca y mi respiración estaba completamente agitada. Me quedé en

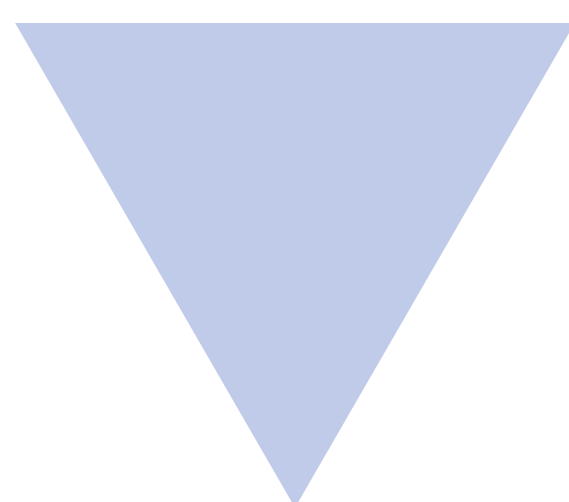
estado de shock, ni siquiera podía moverme. ¿Qué acababa de pasar?

Después de recobrar el aliento me pellizqué y toqué todo lo que tenía alrededor para asegurarme que de verdad estaba ahí. Me di cuenta que la taza de café se había roto y el suelo se había manchado, cosa que no me preocupó demasiado en ese momento.

Luego de mi chequeo de realidad me pareció una buena idea salir al aire libre un rato para reponerme. Salí a la puerta de la cabaña y me senté en el pasto, mirando al piso. El viento frío e intenso ya se había detenido. A pesar de mi confusión, sentía que lo que vi me había dado una respuesta. Miré a mi alrededor y me di cuenta que ya había estado ahí antes, pero con cuatro personas más.

**3° PREMIO**

Renzo Mallea



# Lágrimas de Plaza de Mayo

La multitud espantó a todas las palomas que se encontraban en Plaza de Mayo. Se acercaban corriendo, saltando, gritando. Era una marea celeste y blanca que se concentraba en la plaza para celebrar el triunfo de la Selección Argentina obtenido en Qatar.

Las palomas se alejaron volando de la plaza, los aturdió el ruido que generaba toda esa gente alegre. Una vez batieron las alas, en el cielo se veía todo muy bello.

Una de aquellas palomas, quizás la más joven y pequeña, siendo tan curiosa, decidió bajar un poco para observar los festejos desde cerca. Aunque no pudo acercarse mucho, ya que la gente comenzó a cantar y le dio un poco de miedo. Decidió posar en el

blanco de la Pirámide de Mayo, cerca de la figura que representaba la Libertad.

Allí, posada y muy atenta a la actitud de la gente, escuchó un susurro muy cercano a ella. ¿Quién podría susurrar, con tanto ruido? Decidió ignorar lo que había escuchado. Pero otra vez le susurraron y decidió observar con atención toda la pirámide. Y desde arriba le hablaron:

-Palomita, ¿No te parece súper lindo ver al pueblo así de contento? - preguntó una voz femenina. Era la voz de la Libertad.

La paloma había quedado paralizada y no podía moverse. No entendía qué le había pasado, no sabía si era un sueño. Ya era muy tarde para marcharse.

-Perdón - se disculpó la figura, hablaba con una voz muy dulce -, necesitaba expresar mi felicidad con alguien. Soy Libertad.

La paloma no supo qué responder, se

había olvidado por un segundo de la multitud que cantaba alrededor de Libertad, la figura femenina que se le acababa de presentar. Decidió que no podía dejarla sola, después de todo muchos huirían si la escuchaban. Era mejor hablarle.

-Mucho gusto, Libertad-dijo con timidez-. ¿Por qué estás tan alegre?

-Porque el pueblo festeja, canta, está feliz-respondió con alegría. Pensó unos segundos-. Hace mucho tiempo que no veo al país tan alegre.

La paloma ya había entablado una conversación con Libertad, y era mejor no terminarla. De hecho, se volvió interesante.

-Pero -pensó- vos estás acá hace muchísimo tiempo. ¿No viste a la gente feliz cuando ganamos los Mundiales en el '78 y el '86?

Libertad no respondió al instante, como había hecho hasta aquel momento. Se veía como si estuviera pensando, recordando. ¿Qué había di-

cho? Estaba por volver su atención a la multitud cuando Libertad llamó su atención de nuevo.

-No -respondió-. No exactamente. La gente festejó, pero no con tanta alegría.

- ¿Le había pasado algo a la gente?

-preguntó la paloma.

-Le pasó algo al país. -sentenció- Esto pasó hace mucho tiempo, tanto que muchos de los que ves no habían nacido. Una etapa muy oscura. Había bandas que hacían cosas muy malas, como secuestrar. Y en 1976 las cosas cambiaron. Pero no para bien.

«En ese año, la situación política y económica era tan mala, que llevó a un golpe de Estado. Las Fuerzas Armadas de la nación formaron un nuevo gobierno reemplazando al de María Martínez de Perón, pero este nuevo gobierno estaba compuesto por personajes muy oscuros.»

- ¿Cómo llegaron al poder personas oscuras, Libertad? -se preguntó la paloma.



-Eran dictadores, sus objetivos no eran buenos. Querían «ordenar» el país. Entonces llevaron a cabo un Proceso de Reorganización Nacional para luchar contra la Subversión.

- ¿Subversión? -murmuró la paloma-  
¿Qué es eso?

-La Subversión era oponerse a esa Reorganización, estar en contra de la dictadura y, por supuesto, era la gran mayoría del pueblo.

«En esta lucha, las Juntas Militares, como se le llamaba al nuevo gobierno, hicieron cosas verdaderamente espeluznantes. Querían silenciar todo lo que se considerara subversivo. Se censuraron libros, películas, música, e incluso los medios periodísticos tenían límites para escribir y publicar.»

-Para silenciar a los medios tenían que tener mucho poder. ¿Lo usaron tan mal?

-Es que eso fue muy poco comparado con las detenciones-dijo, su voz comenzó a apagarse después de eso e

hizo una pausa más larga antes de seguir-. En realidad, eran secuestros, secuestros disfrazados de detenciones. «Operativos ilegales y clandestinos se llevaban a la gente, sin importar qué tanto alumbrara la luz del sol, o en qué condiciones estuvieran las personas. El crimen no terminaba ahí, los secuestrados eran llevados a... centros de concentración y allí... los... torturaban»

Libertad se detuvo. Con cada palabra se abría una cicatriz en su memoria, una herida que nunca cerró definitivamente. La paloma decidió no decir nada, acompañar a Libertad con su silencio. Era mejor que ella fuera a su tiempo.

-Entonces...-se dispuso a seguir. La paloma, al ver que Libertad no podía, decidió hablar.

-Había que hacer algo, ¿No? -preguntó.

-Se hizo. La gente empezó a romper con el silencio. En esta plaza se reu-

nían generalmente madres, madres de desaparecidos. Daban vueltas alrededor de mí, angustiadas, eran las Madres de Plaza de Mayo. Fue un golpe para la dictadura.

Libertad guardó silencio. Recordaba a las madres.

- ¿Y qué pasó en el mundial 78? ¿Estábamos en dictadura?

-Sí, todavía sí. Por supuesto que cuando ganamos la gente festejó, festejó mucho, pero había muchos crímenes y muy cerca de aquí... y eso entristecía rápidamente a la gente.

La paloma no imaginaba nada de eso. No imaginaba que hubiera existido tanto sufrimiento, pese a la victoria en el mundial. Al parecer, no había forma de sacar al país de la tristeza y la oscuridad.

Y como si fuera poco, en medio de tanto dolor, una guerra.

-Decime, paloma. ¿Sabes algo de la Guerra de Malvinas? -preguntó repentinamente Libertad.

-En el sur las aves hablan mucho de eso. ¿Qué fue? -preguntó.

-La Guerra de Malvinas fue un conflicto que tuvo el país con Reino Unido, por unas de islas que están en el sur y que son de la Argentina, pero las ocupaba Reino Unido.

- ¿Y qué pasó? -se interesó la paloma.

-El gobierno de las Juntas llegó a esa guerra sólo para tener el apoyo del pueblo. Al final perdimos la guerra con... 650 soldados caídos. Verdaderos héroes.

«Resultó que la gente estaba ya muy cansada y en 1983 se llamó a elecciones. El pueblo eligió a Raúl Alfonsín, ese fue el regreso a la democracia.»

-Entonces-concluyó la paloma-, todo mejoró cuando regresó la democracia, y así la gente se puso feliz.

Libertad otra vez guardó silencio. El país había vuelto a la democracia,

¿Por qué no mejoraría todo?

-Muchas cosas cambiaron para bien pero no todo fue así-dijo. Aparecían

nuevos recuerdos, veía a la gente caminar por la plaza con mucha tristeza. «Muchos militares se veían expuestos así que hicieron tres levantamientos. Además, la situación económica era terrible, era una lucha contra el hambre. Todas estas dificultades hicieron que Alfonsín dejara la presidencia meses antes de terminar su mandato.»

- ¿Cómo hizo el gobierno?

-El nuevo presidente fue Carlos Menem, que al llegar al poder se encontró con una economía destruida. Junto con su ministro de gobierno, Domingo Cavallo, puso en marcha políticas económicas desfavorables.

«Lo peor de su gobierno fueron los atentados. Hubo dos atentados, a la Asociación Mutual Israelita Argentina y uno a la Embajada de Israel. Fueron dos golpes...duros por la cantidad de heridos y por... la cantidad de pérdidas.»

-Qué triste, hubo pérdidas grandes en democracia también.

-Sí pero no fue lo único grave de la democracia. Hubo pérdidas también muy dolorosas como la del Cardiocirujano René Favaloro. Él tenía una fundación en la que realizaba cirugías, pero pasaba por momentos críticos, así que finalmente... se suicidó. La gente se enojó mucho.

- ¿Lo querían? -preguntó, triste, la paloma.

-Era un héroe, la gente lo quería y que tuviera que tener ese final tan doloroso por una situación económica provocó furia en la gente. Esto pasó cuando el poder lo tenía Fernando de la Rúa.

- ¿Quién?

-Fernando de la Rúa, fue el presidente que sucedió a Menem. Él no pudo controlar la crisis así que llamó a Cavallo, para que asumiera como ministro. La crisis económica empeoró.

«La gente estaba muy enojada con una medida económica llamada Corralito. El Corralito financiero perjudicó a la gente, que se reunió aquí en la

plaza el 19 de diciembre, muy cerca de las fiestas.»

- ¿Se reunieron en Plaza de Mayo?

-preguntó- ¿Cómo están los hinchas?

-No, no. Se reunieron en la Plaza con el cacerolazo, una forma de protesta, el pueblo quería que se fueran todos. Al día siguiente del cacerolazo, se emitió la orden de reprimir las protestas. Hubo mucha violencia, me duele recordar, pero así fue. Además de saqueos, destrucción, y más violencia.

-Qué dolor.

-El presidente de la Rúa abandonó la presidencia, y se marchó dejando al país en caos-recordó-. Fueron las fiestas más tristes. El poder pasó por las manos de cinco presidentes hasta caer en Eduardo Duhalde. La gente perdió sus trabajos, ahorros, era difícil vivir. Muchas personas terminaron en la calle.

La paloma, que no había vivido nada de eso, sentía que se quebraría. Era algo tan doloroso, tan triste...

-La democracia no es linda entonces. Libertad pensó.

-La democracia siempre es la mejor forma de gobierno, pero Argentina no ha tenido una buena democracia. Hemos tenido momentos tristes, pero también felices, los dictadores fueron a juicio. Un joven sacerdote que caminaba por aquí en dirección a la Catedral se convirtió en Papa. El país es cuna de muchos talentos musicales y también de grandes deportistas, hoy en el 2022 nos podemos alegrar de muchas cosas. Mirá.

Libertad señaló a la multitud. Saltaban, gritaban, festejaban y muchos lloraban. Ver el celeste y blanco era hermoso, gente de celeste y blanco con una historia triste y oscura. De lágrimas.

- ¿Qué quiere decir todo esto?

-Qué tenemos que recordar todo lo que ha pasado en nuestra joven historia, en la que el poder pasó por militares cobardes, presidentes que no pu-



dieron guiar a la nación, presidentes que no estuvieron cuando el país los necesitó. Pero que en realidad el pueblo siempre tuvo el poder-la voz de Libertad se fortaleció-. El año que viene se cumplen 40 años de la vuelta a la democracia, un buen momento para recordar que el pueblo tiene el poder y que tiene que recuperar la esperanza. Para que no haya más lágrimas por desaparecidos, para que no haya más lágrimas por el sufrimiento de una crisis, sino que haya lágrimas de felicidad como salir campeones del mundo. Que esta alegría se contagie a través de los años, y que nunca más, haya sufrimiento en el corazón de los argentinos.

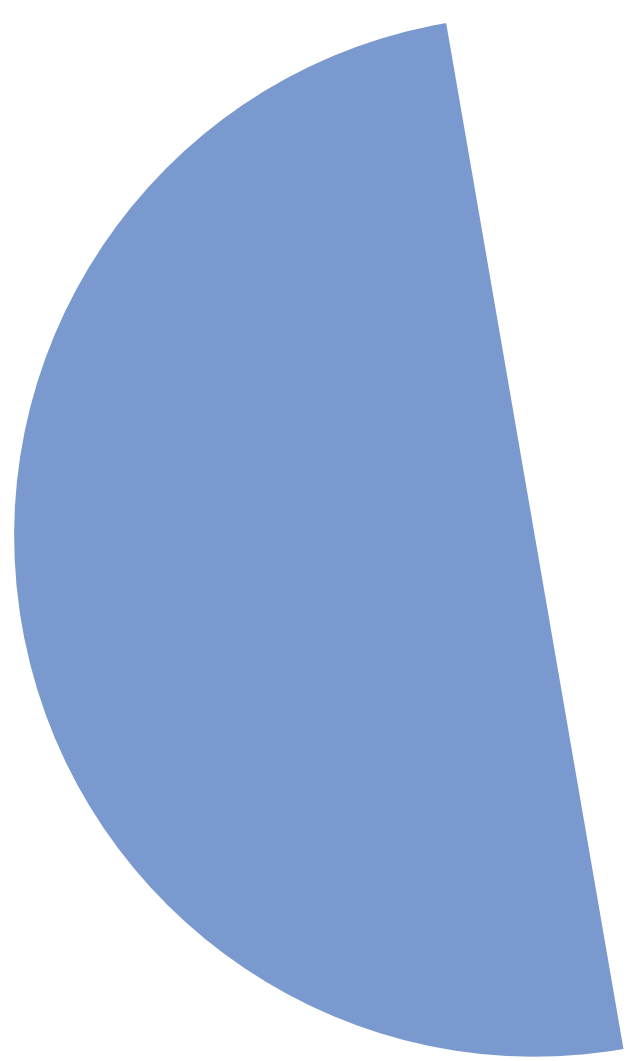
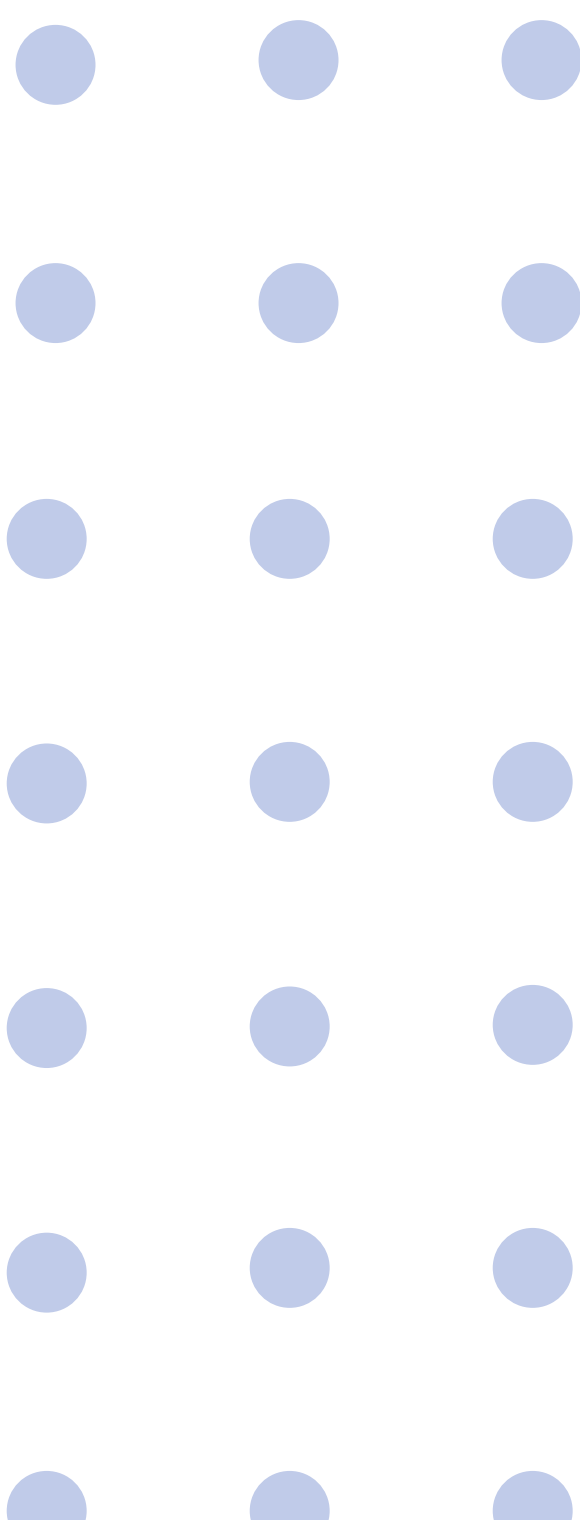
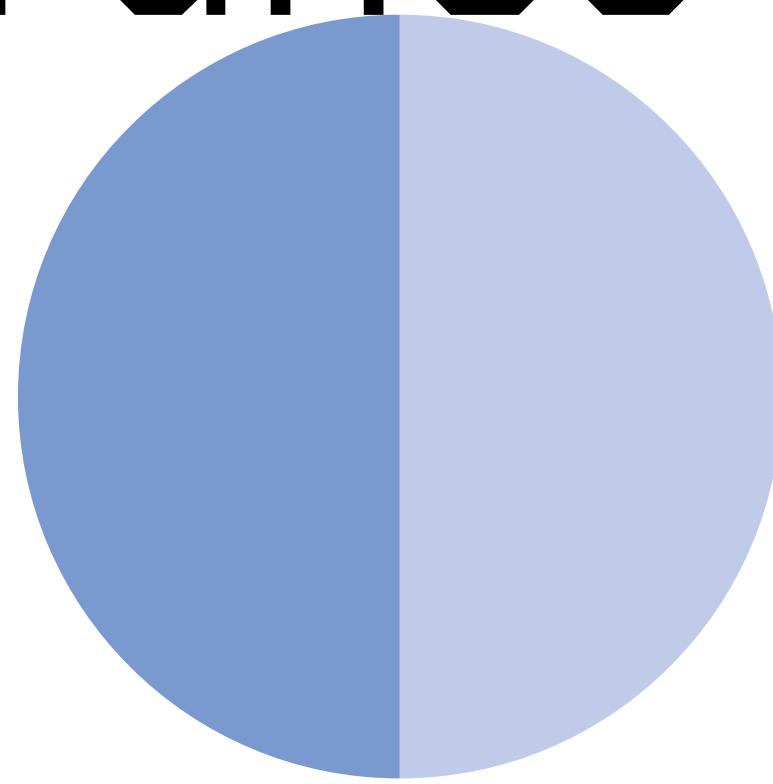
Concluyó diciendo Libertad. La paloma prometió que, como argentina, nunca olvidaría aquello, mientras la gente lloraba de felicidad.

«No os diré: no lloréis; porque no todas las lágrimas del mundo son malas»  
Gandalf. J. R. R Tolkien.



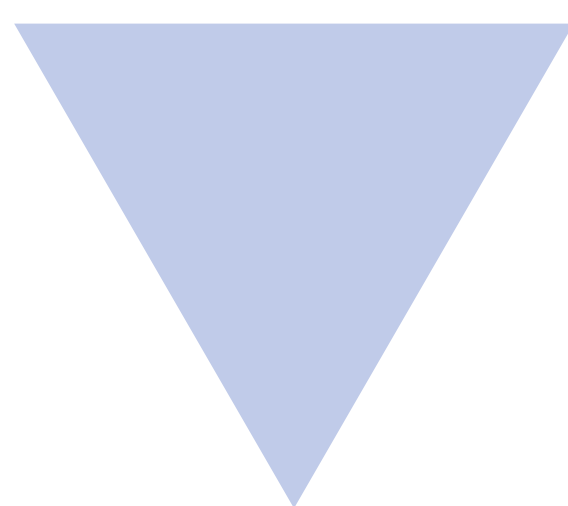
# CATEGORÍA D

de 9 a 12 años



**1º PREMIO**

Simón Marín Sendra



# Insectivolución

Un día con mucho sol mendocino estaban los insectos mirando por la ventana de la escuela. Se habían reunido el mamboretá, el cascarudo, la vaquita de san Antonio, la hormiga y el bicho bolita. Les gustaba escuchar las clases de la Señora Norma porque tenía una voz muy fuerte y hacía muchos movimientos con las manos que los hacían divertir.

Ese lunes la señora explicaba la democracia de Argentina y como hacían para elegir a los que se anotaban para gobernar. Todos los que querían representar al pueblo podían postularse y después la gente votaba quien les gustaba más y le parecían mejor sus propuestas. Los insectos se comenzaron a mirar entre ellos. El cascarudo les decía a sus amigos que esta buena esa forma. La hormiga quería preguntar-

le a la seño cómo votaban, empezaban a hablar todos juntos. Los alumnos también. Entonces la seño empezó a aplaudir y a pedir SI-LEN-CIO.

Cuando volvió a la normalidad, la seño sacó de debajo de su escritorio una cajita de cartón con un agujerito en un costado. Y les explicó a todos que cada persona elegía la foto y el nombre del representante que le gustaba, la colocaba en un sobre y luego metía el sobre en esa urna de cartón sin decir a quien estaba votando porque el voto es secreto para que cada uno haga lo que quiera. El elegido por la mayoría de votos era quien finalmente tomaba las decisiones más importantes para todo el pueblo.

El cascarudo estaba súper asombrado con este sistema. Entonces preguntó:

— ¿Por qué el león es nuestro rey si nosotros no lo hemos elegido?

— Porque él es el más fuerte —le respondió la hormiga.

—A mí me parece que no solo hay que ser fuerte, a mí gustaría ser presidente de los animales. Yo propongo que votemos entre los animales —dijo el cascarudo.

—Yo estoy de acuerdo—dijo el bicho bolita— los insectos somos fuertes también y además muy inteligentes. La vaquita de San Antonio era muy fan de la tecnología, una influencer muy conocida. Sacó su mini celular y twitteó «Los insectos proponemos la democracia en el reino animal» y siguió el hilo «Queremos elegir a nuestro representante» «Proponemos armar listas». En muy poco tiempo se llenó de miles de me gusta el tweet. Las redes sociales compartían toda la propuesta de los insectos y muchos opinaban de la democracia representativa.

El bicho bolita llamó a su amigo el gusano que era un informático muy conocido entre los animales. Le pidió inventar un sistema de votación para que

todos los animales del mundo pudieran votar con sus huellas. El mamboretá grabó un video explicando este sistema democrático y lo subió a Youtube. En una semana los insectos habían revolucionado el mundo animal. Se armaron listas de candidatos. Entre los más populares estaba el cascarudo que proponía una ración alimentaria segura. La jirafa también se sumó entre las candidatas y alentaba a no orinar en cualquier árbol para cuidar el medio ambiente. La ballena desde el océano les proponía cuidar el agua y no contaminarla con basura. El loro se lucía hablando por todos lados pero decía cualquier cosa. El camaleón que cambiaba de opinión siempre.

Al león no le gustó nada toda la movida, al principio los trató de locos a todos pero aceptó el desafío. Los días pasaban y la fecha de elecciones se acercaba. Había carteles con frases de cada candidato. «Llevaremos el mundo a lo más alto» se leía en el de la jira-

fa. El cartel de cascarudo decía «Todos podremos comer sin miedo». Los animales discutían sus propuestas, la avispa gritaba y gritaba. La víbora insultaba a la jirafa. Entonces apareció la hormiga y repitió las palabras que había escuchado de la señora Norma en la escuela: «En democracia todos podemos opinar pero respetando al que piensa distinto».

—No podemos pelearnos entre todos. No podemos pelearnos con nuestros amigos por estas elecciones. La mayoría decidirá quien represente al mundo animal y después de un tiempo será otro animal quien tenga la oportunidad de seguir—decía con un micrófono la hormiga que le gustaba analizar la política.

Finalmente, llegaron las elecciones, aunque tuvo que repetirse dos veces porque el cien pies marcó sus huellas todas juntas y su voto se multiplicó. Al elefante no le entraba la huella entonces hubo una falla técnica.

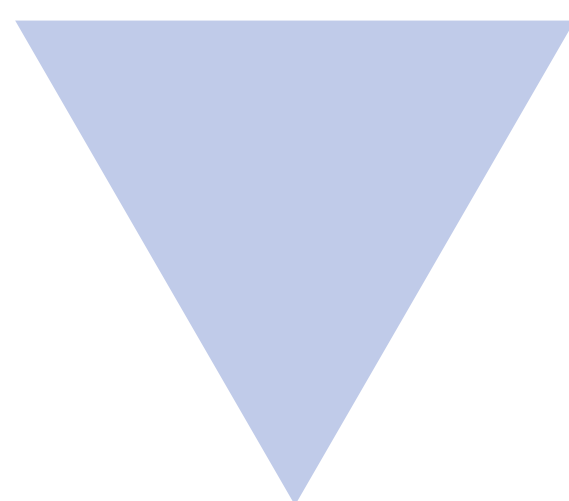


Todos terminaron muy contentos porque pudieron participar. Ese día hubo fiesta en todo el mundo. Hasta los que perdieron festejaron con bailes y aplausos.

El cascarudo felicitó a la jirafa por su gran elección. Luego se fue a su hogar cerca de la escuela. En el camino se encontró a la hormiga que estaba haciendo un análisis de todos los votos. Se pusieron a hablar muy contentos. Los insectos eran chiquitos pero habían propuesto un sistema de participación diferente. Tenían que cuidarlo de aquellos animales que algunas veces querían molestar y hacer todo por la fuerza. Ellos querían seguir votando para siempre.

**2° PREMIO**

Nissa Cargnelutti



# El tesoro

Mucha gente dice que los días lindos son los soleados, en lo personal, a mí me gustan más los días nublados. Siento que son los mejores días para tener aventuras. Un día como hoy, frío y nublado llegué de la escuela y me fui a explorar al parque de al lado de mi casa. Comencé a buscar y a correr como a mí me gusta. Siempre trepo los árboles y me cuelgo de sus ramas, pero hoy no. Hoy era un día especial porque mi abuela me había regalado un collar y ella decía que era de la suerte, -veamos si hoy tengo suerte y encuentro algún tesoro- yo pensaba. Muchas veces había intentado encontrar algo enterrado o escondido pero nunca tuve mucha suerte. Pero al parecer hoy fue mi día. Comencé a mirar el suelo de a poco y había lugares en que la tierra se encontraba rara, pero

había un lugar en el que se encontraba mucho más rara que las demás zonas. Comencé a cavar bien profundo hasta que me topé con algo –OHHH!- exclamé (pero no muy fuerte porque mi mamá me escucharía). Era una cajita muy bonita que parecía tener detalles de flores y hojas. No muy alta y más o menos larga con un candadito que parecía que se lo habían olvidado de cerrar porque estaba abierto.

Lo abrí y no van a creer lo que había, era un cuaderno con tapa verde y detalles dorados. Tenía escrita todas las hojas con una letra muy entendible y prolija pero con palabras raras como DEMOCRACIA O DICTADURA y hablaba de algunos hombres de tal forma que yo me pregunté si eran monstruos que existían cuando alguien relataba este diario. ¿Qué le habrá pasado a la niña que lo escribió?, ¿se la habrá comido uno de esos monstruos?

Decidí terminar de leer el diario para intentar comprenderlo mejor y enten-

der los monstruos del pasado. Creo que lo entendí, pero qué me dirías si yo lo entendí a mi manera. En esa época había unos hombres (a los que yo les decía monstruos) que al parecer gobernaban nuestro país creo que de mala manera. Lo que sigo sin entender es qué significa DICTADURA O DEMOCRACIA creo que en este momento ya necesitaría ayuda de mi mamá.

Volví a mi casa y como mi mamá ya sabía que hoy era día de encontrar tesoros entonces me preguntó – ¿Y? ¿El collar de la abuela funcionó? Pensando qué le diría que no, pegué un salto y muy contenta le dije que sí, creo que un poco a ella le sorprendió y me preguntó qué encontré. Yo le dije, es un diario mami, un diario antiguo, le comenté y ella pidió verlo. Lo agarró con sus manos y atentamente en pocos minutos lo terminó de leer muy sorprendida y emocionada (creo). Esto es una reliquia hija- exclamó. Es de al-

guien que escribió como sintió el paso de la dictadura a la democracia, - con respecto a eso- dije yo, ¿me puedes explicar qué significan dictadura y democracia y en qué idioma están?

¿Vos te acordás que tu papá y yo cada cuatro años vamos a votar no?

Sí, pero ¿qué tiene que ver? ,

Qué a eso se le llama democracia, es la posibilidad, el derecho de elegir a nuestros representantes.

¿Y la otra cosa, dictadura?

Prácticamente, dictadura, es lo contrario a la democracia, sentate mejor así te cuento. Cuando tu abuela María estaba en la secundaria estaba empezando la dictadura fue en un momento en el que un grupo de gente tomó el mando, sacó los gobernantes que gobernaban en democracia siguiendo la constitución y ellos dejaron de seguir cualquier tipo de ley, la gente desaparecía, tenían que enterrar libros, prohibían cuentos, cualquier tipo de barbaridad. Hasta que la gente se cansó y

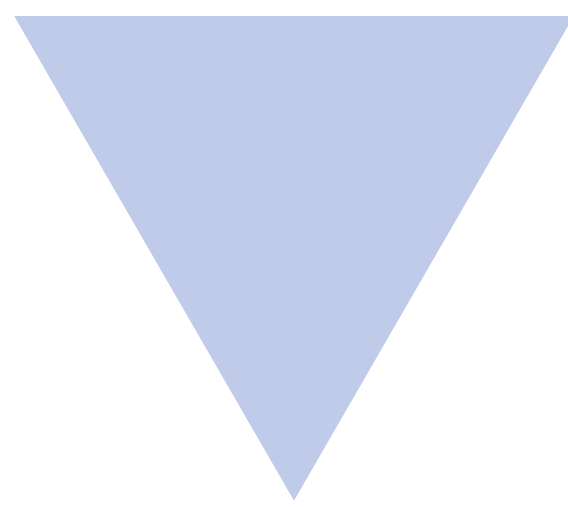
por suerte se pudo volver a la normalidad votando en democracia.

Entonces yo pensé que esos monstruos eran los dictadores y por algo esa pobre niña tuvo que esconder este diario pero al parecer luego escribió como fue el paso a la democracia y lo enterró para que alguien leyera su historia. Que horrible fue la dictadura pero por suerte la gente hizo todo lo posible para volver a la democracia porque si no ahora tal vez, nunca podría haber leído este diario.

Mami, ¿qué le habrá pasado a la niña? No lo sé, tal vez le está enseñando a otros niños a respetar nuestras leyes que forman la democracia. Finalmente esa tarde me quedé con la esperanza de poder seguir teniendo aventuras y aprender más de nuestro hermoso país.

**3° PREMIO**

Geraldine Luz  
Dagne González





# Soñemos la democracia

Mi nombre es Luz, y soy como cualquier otra chica de mi edad: me gusta escuchar canciones, juntarme con mis amigos, conversar con mis padres de cuando ellos eran chicos. El otro día en la escuela, la seño de música me felicitó por conocer tantos tipos de géneros musicales. Eso se lo debo a mi familia, quienes me han hecho escuchar todo tipo de canciones, la mayoría con letras que hablan de un mundo más justo y hermoso.

Mi mamá es Trabajadora Social, y varias veces me ha contado que si no fuera por todas las personas que lucharon de diversas maneras para que volviera la democracia, ella no podría dedicarse a esa profesión, porque los militares no querían que nadie tuviera un pensamiento distinto al de ellos.

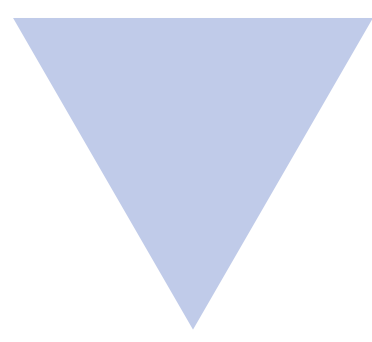
Recuerdo que esa noche fue como todas las otras, cenamos en familia, conversamos y luego me fui a dormir. De a ratos sentía una sensación extraña, un poco inexplicable. Normalmente solía pasarme cuando iba a soñar algo del pasado que yo no había vivido. Y así fue. Me acosté en mi cama y enseguida me quedé profundamente dormida. De repente abrí los ojos y me sentí en un tiempo lejano: autos más viejos, casas más bajas, todo era diferente. Era de noche y hacía frío. Empecé a escuchar gritos de auxilio de personas que venían en mi dirección. Detrás de todas ellas venían unos militares, persiguiéndolas. Enseguida, vino hacia mí una chica joven, muy parecida a mi mamá cuando era adolescente, y me dijo: «si no querés desaparecer, seguime». No entendía a lo que se refería, pero me daba miedo, así que tomé su mano y la seguí. Corrimos hasta que los perdimos de vista. Nos refugiamos en una casa

en la que se escuchaba la radio, informando las persecuciones y desapariciones de personas. La chica que me salvó la apagó, se sentó a mi lado y junto con sus compañeros, jóvenes como ella, comenzaron a cantar esas canciones de libertad que yo ya conocía... ¿dónde las había escuchado?... La escuché contarle a una amiga que soñaba ser Trabajadora Social, sin importar las consecuencias. En ese momento me di cuenta que estaba soñando con la última dictadura militar en la Argentina... ¡y que esa chica era mi mamá! De repente se nubló mi vista, y cuando volví a ver ya no estaba en la casa donde nos habíamos ocultado; ahora estaba en la universidad, donde también estaba mi mamá. Traté de advertirle lo peligroso que era estar allí, pero no podía verme ni oírme. Ellos llegaron y atraparon a muchas personas, incluida ella. Quería ayudarla pero no podía. ¡Me sentía desesperada! Los subieron en un camión

que arrancó a toda velocidad. Tal como pasa en los sueños, aparecí nuevamente en la próxima escena. Estaban bajando a los pibes del camión, con los ojos vendados. Aún era de noche, pero se vislumbraba un embalse que prometía ser la tumba de todos estos soñadores. Las lágrimas corrían por mi rostro, mientras ellos gritaban: ¡LIBERTAD! Otra vez oscuridad. No vi lo que siguió, pero lo supe: habían muerto por soñar un mundo distinto. Me desperté repentinamente, sobresaltada, agitada y asustada. Tardé un rato en reconocer que estaba en mi casa, a salvo. Mi hermanita dormía en su cama tranquilamente. Miré la pared y vi el calendario que decía: 10 de diciembre de 2023. Hoy se cumplen 40 años de democracia y, curiosamente, mi mamá tiene la misma edad. Enseguida corrí al comedor, y la vi. Me acerqué a abrazarla y me dijo: «¡felicidad democracia, hija!». Yo le contesté lo mismo. Me preparó el desayuno, y

mientras lo tomábamos le conté mi sueño. Me sonrió y me dijo que no me preocupara, porque si seguimos votando y recordando todo lo que pasó, nunca más tendríamos una dictadura, y podremos disfrutar con coraje y valentía el sueño cumplido de la democracia.

# JURADO

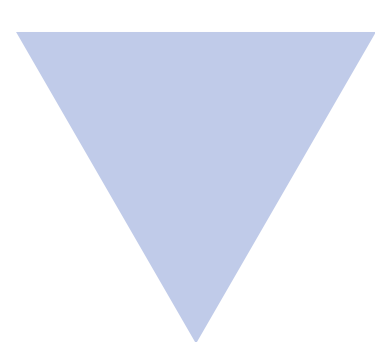


Laura Martín Osorio

Dulce Chisari

Javier Cusimano

# AGRADECIMIENTOS



Marcelo Quevedo

Pablo De Bartolo

Diego Gareca

Héctor Rosas

Julieta Toledo

# **Autoridades Municipales**

Intendente

**Tadeo García Zalazar**

Presidente Concejo Deliberante

**Fabricio Cuaranta**

Secretario de Gobierno  
y Participación Ciudadana

**Ricardo Tribiño**

Secretaria de Hacienda

**Lorena Leitner**

Secretaria de Desarrollo Humano

**Florencia Santoni**

Secretaria de Ambiente  
y Desarrollo Sustentable

**Érica Pulido**



Secretario de Innovación,  
Legal y Técnica  
**Miguel Catalano**

Secretario de Obras  
y Servicios Públicos  
**Diego Coronel**

Director de Cultura  
e Industrias Creativas  
**Diego Gareca**

# ÍNDICE

## **CATEGORÍA A DE 21 A 24 AÑOS**

### ▶ 1° Premio

Julieta Micaela Ríos Maccari

**Pendejos**

**8**

### ▶ 2° Premio

Ludmila Ramos

**El amor de la memoria**

**17**

### ▶ 3° Premio

Constanza Chicón

**Mi verdad**

**37**

## **CATEGORÍA B DE 17 A 20 AÑOS**

### ▶ 1° Premio

Víctor Leonel Gutiérrez Alcaya

**Esas polillas**

**60**

### ▶ 2° Premio

Matías Agustín Carbelli

**Rito de una amistad rota**

**67**

### ▶ 3° Premio

Camila Locamuz

**Atentamente, Democracia**

**90**

## **CATEGORÍA C DE 13 A 16 AÑOS**

▶ 1° Premio

Lucila Marín Sendra

**Un día paranormal** 100

▶ 2° Premio

Sara Pfaab

**Nomen nescio** 108

▶ 3° Premio

Renzo Mallea

**Lágrimas de Plaza de Mayo** 117

## **CATEGORÍA D DE 9 A 12 AÑOS**

▶ 1° Premio

Simón Marín Sendra

**Insectivolución** 132

▶ 2° Premio

Nissa Cargnelutti

**El tesoro** 139

▶ 3° Premio

Geraldine Luz Dagne González

**Soñemos la democracia** 145

<b>JURADO</b>	<b>150</b>
<b>AGRADECIMIENTOS</b>	<b>151</b>
<b>AUTORIDADES MUNICIPALES</b>	<b>152</b>